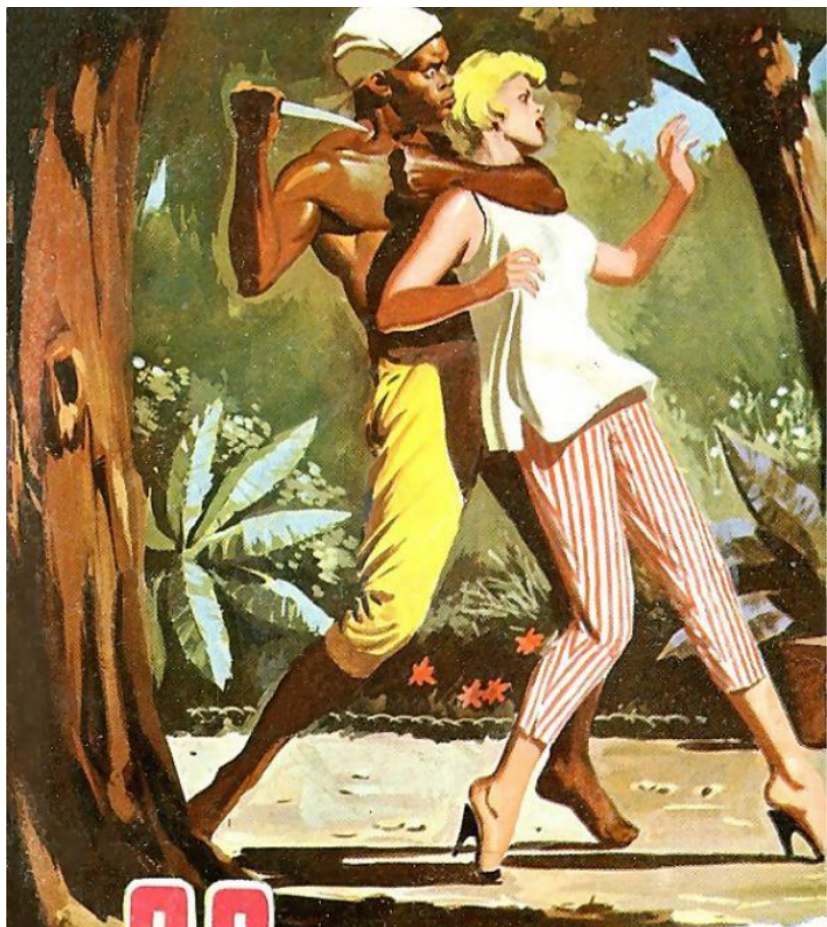




SS

**SERVICIO
SECRETO**

MARK HALLORAN

R.I.P. EN DAKAR

R. I. . EN DAKAR

MARK HALLORAN

R. I. P. EN DAKAR

1.ª EDICIÓN
FEBRERO-1959



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPÓSITO LEGAL B 22.322-1958

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© MARK HALLORAN-1958

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona



R.I.P. EN DAKAR

DOY MARK HALLORAN

CAPÍTULO PRIMERO

Cosa rara: llovía en la estación seca. Un chubasco tropical había comenzado a caer ya entrada la noche. Bill Paige vio estrellarse las primeras gotas sobre la amplia acera del bulevar Catroux cuando salía del Club Ulanga; gotas pesadas, ruidosas, grandes como impactos del 45. La lluvia era ahora espesa e insistente, una verdadera bendición. La humedad formaba a ras del suelo una neblina gris, una franja de vapor aromático que se pegaba a los objetos, flotaba en mitad de las calzadas y alteraba por completo la apariencia de la ciudad.

Cuando ya no pudo más, Paige oprimió el botón de cierre automático de la capota del coche. Sacudió su empapada cabeza, estornudó a gusto y dejó que un escalofrío le recorriera el espinazo. Pillar un catarro hubiera sido toda una sorpresa. Uno no se acatarras en un horno, y Dakar, hasta aquella noche, fue un horno. Quizá en adelante fuera una especie de laguna, pero ello, por lo menos, significaba un cambio, y había que agradecerse a las nubes.

A la izquierda, inopinadamente, surgió el parque envuelto en bruma. Las farolas eran relucientes globos que parecían no estar suspendidos de ninguna parte, y la luz formaba en su derredor extraños halos. No se veía un alma. Paige redujo la velocidad, preguntándose, por primera vez desde que aquello empezó —desde que Nina Raabe llamó a la puerta de su habitación del hotel—, si estaría obrando cuerdamente. Tenía la vaga impresión de que no seguía el buen camino, porque era un camino demasiado llano, y si la mitad de las promesas de Nina se cumplían, demasiado recto. Paige sabía por experiencia que los caminos llanos y rectos suelen conducir al fracaso el ochenta por ciento de las veces. El quince, conducen a la tumba. No había, pues, más de cinco probabilidades sobre cien de que la historia desembocara en un final feliz.

Paige echó sus cuentas mientras el coche avanzaba al abrigo de

una doble hilera de árboles. Aparte el del motor, no se oía otro ruido que el de la lluvia acribillando la fantástica vegetación del jardín botánico, cuyas flores asomaban acá y allá entre la niebla baja para mostrar en las manchas de luz sus corolas inverosímiles. Cinco por ciento. No había pensado en ello hasta entonces. Fue necesario un escalofrío para recordárselo. Un escalofrío: lo mismo que uno siente al descubrir que está la muerte echándosele encima.

¿La muerte? Bill Paige sonrió. No tanto. Lluvia, niebla, soledad en la negrura perfumada de la noche. Pero ¡la muerte! Y sin embargo, era cierto que un presentimiento, una intuición de muerte semejaba deslizarse paralelamente a la marcha del coche, como un reptil invisible, en la lujuriante espesura del parque tropical.

Más allá, al frente, terminaban los árboles y la ruta proseguía despejada. Dos calles se abrían en uve. Paige se detuvo en la bifurcación y examinó los rótulos, colocados palmo y medio por debajo de sendas lámparas de vapor de mercurio. Julien Jacotte era a la derecha.

Los *bungalows*, con sus jardines frondosos y bien cuidados, regados intensamente por la lluvia, se alineaban uno junto a otro, sumidos casi todos en tinieblas. Paige consultó su reloj. La una y dieciocho minutos. Esperaba no haber de sacar de la cama a Ivette Lebrun. Nina había dicho que Ivette Lebrun era muy bella, y sus propias pesquisas en el Club Ulanga se lo habían confirmado. Una mujer, aunque sea bella, está siempre en desventaja cuando salta inopinadamente del lecho. Paige deseaba exprimirle a Ivette su zumo, el zumo de que Nina le había hablado, pero no jugarle una mala partida...

Calle de Julien Jacotte, número 102. Allí.

Un seto vivo circundaba el jardín. No había puerta. El paso era franco desde la calle. La casita de piedra y madera tenía encendida la luz de una de las habitaciones, semi oculta por una persiana interior. Tras haberse apeado del coche, cuando avanzaba ya por el jardín, Paige captó una música lánguida que sonaba con la tonalidad clara y profunda característica de un buen amplificador. Sobre el ritmo balanceante destilaba sus notas una trompeta, llanto metálico desgarrador en medio de la noche y de la lluvia.

Una marquesina protegía la puerta de la casa. Al abrigo del agua que calaba su cabello y sus ropas. Paige extendió la mano hacia el

llamador. No llegó a oprimirlo. Un leve soplo de aire le acarició el rostro e hizo que la hoja de madera girase unos centímetros sobre sus goznes emitiendo un chirrido perezoso.

La puerta estaba abierta.

¿Era la costumbre de Ivette Lebrun?

Paige traspuso el umbral, y a través del vestíbulo en sombras, distinguió la habitación donde brillaba la luz. Ésta procedía de una lámpara situada junto a un diván tapizado de piel de cebra. Una bonita lámpara de madera de ébano con pantalla de pergamino.

Nina había dicho que Ivette Lebrun llevaba el cabello platinado, y él mismo lo había visto en las fotos que de ella se exhibían en el Club Ulanga. De color rubio platino era, en efecto, el cabello del cadáver tendido ante el diván.

Paige, al principio, no pensó sino que la muerte, cuya presencia había intuido durante el trayecto, acababa de anticipársele. Era una pena. Ivette Lebrun merecía vivir. Lo merecía más que ninguna mujer que él hubiera conocido en los últimos seis meses. Aun caída en forzada posición, su figura era un exquisito juego de líneas, pura armonía, pura obra de arte. Aun en la muerte, su rostro oval, de pómulos altos, tierna boca y grandes ojos, reflejaba una mezcla de instinto y distinción cuyo atractivo debió de ser, en vida de aquella criatura, muy importante. Parecía imposible que semejante mujer, abandonando el marco de civilización refinada que le correspondía, hubiera venido a morir en una ciudad tórrida, negra y primitiva como Dakar. A morir del modo que había muerto: con una tremenda herida, un machetazo en el pecho, justo a la altura del corazón.

Paige se arrodilló y la tocó. Estaba todavía caliente. La sangre seguía manando del boquete que se la había llevado.

La triste trompeta desgranaba ahora un tema nuevo. Paige se levantó lentamente y miró en torno. La mano de un artista había amueblado y decorado aquella pieza. Buen lugar para vivir, no para morir. Para amar y beber, no para desangrarse sobre la bella alfombra de rafia.

Beber. Paige sintió que tenía secos los labios.

El amplificador formaba parte de un mueble que era al propio tiempo biblioteca y bar. Contenía quizá veinte botellas, todas distintas, y dos docenas de vasos. Paige se sirvió *whisky*. Miró el

lomo de los libros. Carnus, Malraux, Bernanos, Mauriac, las últimas figuras universales de la novela francesa. Libros leídos y releídos, no meros objetos decorativos. Ivette Lebrun fue, sin duda, algo más que un cuerpo perfecto.

Al *whisky* le faltaba hielo y soda.

Salvando de una zancada el obstáculo del cadáver, Paige marchó en busca de la cocina. Su mente estaba como paralizada. Decir que el hallazgo de la mujer muerta le había sorprendido hubiera sido mentir, porque durante los anteriores minutos presintió que algo parecido ocurriría. No obstante, el hecho exigía una reflexión que él no había podido dedicarle. Se daba apenas cuenta de las dos cosas: una, que el asesinato de Ivette había zancadilleado su trabajo desde el primer paso; otra, que Nina Raabe le había colocado sobre una buena pista. A pesar de todo, una buena, muy buena pista. De no haber sido Ivette tan importante, tan pieza clave como Nina le aseguró, no la habrían silenciado antes de que él pudiese cambiar con ella unas palabras.

Nina afirmó que Ivette Lebrun sabía mucho. Su muerte significaba que sabía demasiado.

La cocina, por sus paneles multicolores y su limpieza, hubiera encandilado los ojos de cualquier mujer. Paige no prestó atención más que al refrigerador, del cual tomó la soda y el hielo que necesitaba. Los mezcló con el *whisky*. Bebió un largo sorbo.

Había frente al refrigerador una segunda puerta que comunicaba con la parte trasera del jardín. También aquella puerta estaba abierta.

Por encima del borde de su vaso vio Paige, en el pulcro suelo de mosaico, las huellas impresas por unos pies húmedos. Dejó de beber. Las pisadas trazaban una línea recta a través de la cocina, desde el jardín al vecino cuarto de estar. O viceversa. No aparecían lo bastante claras como para determinar en qué sentido caminó su autor.

Cuando asomó la cabeza por la puerta, se encontró frente a una cortina de agua. La lluvia caía a mares.

Halló un interruptor eléctrico en la pared, lo oprimió, y más luz se encendió en el jardín. Parte de éste quedó iluminado. Las gotas de lluvia se pusieron a brillar como diamantes, como si el aire estuviera lleno de diminutas joyas.

En aquel marco irreal se entreveía una forma oscura, de contornos vagamente humanos.

Paige depositó al borde del fregadero su vaso de *whisky* y salió al exterior. La lluvia se abatió sobre él, completando en el espacio de unos segundos la mojadura que ya llevaba encima.

La forma era, ciertamente, humana: una mujer sentada en el suelo, inmóvil, apoyada la espalda en el tronco de un árbol. Soportaba el chaparrón con inverosímil tranquilidad. Se hubiera dicho que esperaba alguna cosa, una persona, un hecho, un milagro, algo de tan enorme interés que le permitía estarse quieta allí ignorando o despreciando la violencia del diluvio.

Al aproximarse a ella, Paige la reconoció. Era Nina Raabe, ¡la propia Nina Raabe!

Un arma cortante —¿el mismo machete que perforó el pecho de Ivette Lebrun?—, le había seccionado el cuello casi en redondo. Contemplantarla no daba el menor gusto.

Puede que la pobre aguardase algo. De ser así, lo que aguardaba era el Juicio Final.

CAPÍTULO II

Paige se anudaba la corbata ante el espejo cuando ella llamó a la puerta de la habitación. Él había dicho:

—Pase. Está abierto.

Y enseguida vio, reflejada en el espejo, su imagen.

Era una mujer espléndida, morena, gallarda, en la plena sazón de su hermosura, con esa sombra misteriosa en la mirada que las mujeres de raza hebrea suelen tener. Llevaba un vestido exquisitamente diseñado que descubría buena porción de su piel tostada, tersa y mate, fresca como la de una fruta exótica. Una estola de encaje blanco colgaba de su brazo. Sostenía en la mano un pequeño bolso.

Preguntó:

—¿El señor Paige?

Bill Paige se volvió lentamente. No había esperado aquello. No esperaba nada, en realidad. Su respuesta a la llamada a la puerta había sido mecánica, pronunciada sin reflexionar. ¿Una llamada? Un camarero, un botones, alguien perteneciente al servicio del hotel.

No aquello.

Los sombríos ojos de la mujer le estudiaban sin disimulo. Un amago de sonrisa hacía asomar entre los rojos y carnosos labios la blanca y regular línea de los dientes.

—Sí, yo soy Paige.

—A mí me conocen por Nina. —Ella entró, cerró la puerta y avanzó con desenvoltura unos pasos—. Nina Raabe —concretó—. No le importa que me siente, ¿verdad? Usted y yo hemos de hablar unos minutos.

No era una vulgar aventurera. No era una sirena que echaba el anzuelo al viajero solitario y de apariencia más o menos próspera. Algo en su actitud sugirió a Paige la idea de que por primera vez

desde su llegada a Dakar iba a tropezarse con un hecho concreto y objetivo.

Nina anduvo hasta una de las butacas, se instaló en ella con deliberada languidez, cruzó las piernas y abrió su bolso. Sacó un estuche de cigarrillos turcos, tomó uno y le dio lumbre con un encendedor de concha. Sus párpados se entornaron.

—¿Le dice algo mi visita, señor Paige?

Bill, impasible, cogió su chaqueta, tirada encima de la cama, y se la puso. Dio, ante el espejo, un último toque a su corbata.

—Lo que su visita diría a cualquiera es, en este caso, erróneo —replicó.

—¿Intuición?

—Experiencia de las mujeres.

Nina expelió dos chorros de humo por la nariz.

—Usted, señor Paige, llegó anteayer de Washington en el avión de París y Casablanca. La misma noche de su llegada cenó con el capitán Bowie, jefe de la Oficina de Información de la base aérea americana. Ayer se entrevistó con el coronel Legrange, del Servicio de Inteligencia Militar francés, y más tarde con un almacenista de maquinaria agrícola apellidado Dudot, con Fossom, un abogado, y con Klappert, exmilitar y agente de seguros. Hoy ha perdido el día tratando de localizar a Bobotte, un comerciante negro, cosa que no ha logrado porque Bobotte está ausente de la ciudad. Es más, aunque usted no lo sepa, aunque nadie se lo haya siquiera insinuado, Bobotte debe de estar a estas horas ausente, no sólo de la ciudad, sino del mundo de los vivos. Dudot y Fossom son confidentes habituales del capitán Bowie y sus agentes. Klappert, antiguo colaboracionista, gana su dinero de modo poco claro y es fiel amigo de algunos personajes árabes cuyos nombres tiene en la lista negra la policía francesa. En cuanto a Bobotte, se ha llegado a sospechar que practica el tráfico de esclavos. Sus relaciones comerciales, desde luego, se extienden hacia el nordeste, a través del Sahara, hasta límites desconocidos. O se extendían, si acaso ha muerto. ¿Le parece que estoy bien informada, señor Paige?

Bill había escuchado en silencio, una mano en el bolsillo, la otra apoyada en el respaldo de una butaca. Su rostro no reflejaba la menor emoción.

—¿Quién la envía a usted? —preguntó, suavemente.

—He venido por propia iniciativa.

—¿Con qué objeto?

—Con el de ayudarlo.

—¿Supone que necesito ayuda?

Nina rió en un susurro.

—Su pasaporte le acredita como diplomático, y como tal se ha inscrito en el registro del hotel. Pero no es exactamente un diplomático, sino un investigador, un agente enviado por el Pentágono en misión especial.

—¿De veras?

—¿Lo niega, señor Paige?

—Puesto que cree saber tantas cosas, ¿en qué consiste mi presunta misión?

—Está encargado de averiguar la procedencia de un cargamento de armas fabricadas en Norteamérica que los legionarios franceses interceptaron en el oasis de Zuzun. Esas armas eran para los rebeldes argelinos.

Paige respiró profundamente. Su mirada se fijó en el rostro de la mujer tratando de leer sus pensamientos, pero se halló ante una bella y sonriente máscara que nada dejaba entrever.

—¿Cómo ha dicho usted que se llama?

—Nina Raabe.

Nadie le había hablado de Nina Raabe. Nadie le había prevenido en contra ni en favor de ella. Sin embargo, allí estaba, enterada de todo: del propósito que a él le había llevado a Dakar y de los pasos, todos los pasos, que hasta entonces había dado para cumplirlo. Pasos inútiles, por añadidura.

¿Quién era aquella mujer?

—Supongamos que sí, que estoy aquí por lo que usted afirma. Dice que quiere ayudarme. ¿De qué modo?

—Usted —replicó ella, pensativa—, cree que el convoy de armas capturado en Zuzun procedía de Dakar, e imagina que era parte de una gran operación de contrabando organizada desde aquí por ciertos elementos que tienen acceso al material de guerra americano. Le han encargado descubrir a esos elementos y destruir su organización.

Paige no pudo contener una sonrisa.

—¿Sabe incluso lo que creo y lo que imagino?

—Se desprende de lo que ha hecho desde su llegada. Los legionarios comprobaron, efectivamente, que el convoy había salido de Dakar. El gobernador del Senegal, ante el hecho escandaloso de que las armas habían sido fabricadas en Estados Unidos y en fecha reciente, transmitió su protesta, a través del Gobierno de París, al embajador norteamericano. Lógicamente, ustedes han efectuado en su país las pesquisas oportunas, y como no han dado resultado, usted ha sido enviado a investigar sobre el terreno. Si me lo permite, señor Paige, yo diría que ha venido demasiado tarde... El incidente de Zuzun ha levantado mucha polvareda. Los contrabandistas de armas se han puesto a cubierto y cuidarán de no mover un dedo hasta que el polvo vuelva a posarse sobre su pista. Recurrir en estos momentos a personajes como Dudot, Fossom, Klappert o Bobotte, aventureros ya gastados, resabiados, fichados y sobradamente conocidos, es una pérdida de tiempo, una ridiculez y una ingenuidad.

Bill Paige preguntó abruptamente:

—¿Usted qué busca?

—¿Buscar, señor Paige?

—Vamos al grano. Es evidente que usted pretende colocarme una mercancía. Cuánto ha dicho hasta ahora no ha sido sino propaganda. ¿Qué me cobrará por ella? ¿Qué espera cobrar?

La sonrisa de Nina se hizo enigmática.

—A usted no le cobraré nada.

—¿A quién, entonces?

—Eso debe tenerle sin cuidado. Tome lo que le ofrezco, obre en consecuencia y no se preocupe por mí.

—La perspectiva no me gusta.

—¿Por qué no?

—Demasiadas facilidades. Está usted jugando muy mal la partida, muñeca. Usted, o quién se halle detrás de usted. Ha conseguido darme la impresión de que quiere empujarme en una dirección determinada, y eso es bastante para que yo empuje en dirección opuesta. Cuando una mercancía tiene verdadero valor, nadie la ofrece gratis.

—Yo no la ofrezco gratis.

—Ha dicho...

—He dicho que no se la cobraré a usted. A usted, ¿entiende? El

precio me lo pagarán en otra ventanilla.

Hubo un silencio.

Paige dijo a media voz:

—¿Le apetece beber algo? No soy un maestro de hospitalidad, pero además su visita ha tenido la virtud de desconcertarme. ¿Un *whisky*? ¿Un martini? ¿O prefiere que prosigamos la conversación mientras cenamos juntos?

Ella rió. Sacudió negativamente la cabeza, consultó su reloj —una delicada joya de oro—, y se inclinó hacia adelante para aplastar en un cenicero su cigarrillo turco. Había un encanto peculiar en sus movimientos, un intenso efluvio femenino que ningún hombre podía dejar de percibir. Paige lo sintió repercutir en su interior, y, repentinamente, pensó que él era de verdad un viajero solitario con un fajo de billetes en el bolsillo. Hizo una mueca.

—No se moleste —dijo la mujer—. Tengo prisa. Sólo deseo liquidar esto cuanto antes.

—Como guste.

Nina se apoyó en el respaldo de la butaca. Su pierna derecha, que tenía cruzada sobre la izquierda, comenzó a balancearse ligeramente. La línea de fino encaje que asomaba por el borde de su falda atrajo sin remedio la mirada del americano.

—Conozco a una persona en Dakar que sabe de ese contrabando de armas todo lo que a usted le interesa.

Es una mujer. Bonita, atractiva, inteligente, ¡oh, muy inteligente! —En la voz de Nina sonó una nota de sarcasmo—. Vaya y hable con ella. Si es hábil, si le exprime bien su zumo, no necesitará más.

Los párpados de Paige se habían entornado hasta dejar solo un resquicio.

—Sencillo, ¿no es así, muñeca?

—De usted depende.

—¿Quién es la mujer?

—Ivette Lebrun. Rubia platino, aire de diosa, voz de terciopelo. La encontrará a partir de las once en el Club Ulanga.

—¿Qué hace allí?

—Es la estrella del local.

—¿Una cantante?

—Cantar es una de sus habilidades. Tiene varias.

—Usted la odia, ¿verdad?

Nina descruzó las piernas y se alzó lentamente de la butaca. Echó la estola sobre sus morenos hombros.

—Sí. Adiós y buena suerte, señor Paige.

En dos zancadas interceptó Paige su camino. Su mano aferró la muñeca de la mujer. Atrajo a ésta hacia sí y sondeó la misteriosa profundidad de sus pupilas. Una ola de inquietante perfume inundó su olfato.

La expresión de los ojos de Nina cambió poco a poco. Se esfumó el misterio. Las pupilas se transformaron en dos círculos de acero negro, duro, helado, impenetrable.

—No corra tanto, paloma —dijo él, entre dientes—. Me parece normal que usted y esa Ivette Lebrun se tiren del moño, pero no estoy dispuesto a mezclarme en una riña de gallinero por satisfacerla. Podría ocurrir que el zumo que exprimiese no me fuera de la menor utilidad, y en cambio...

—Arriésguese —le interrumpió ella.

—No me arriesgo sin garantías.

Nina forcejeó para desasirse, pero no lo consiguió. Sus ojos relampaguearon.

—¡Garantías! —exclamó desdeñosamente—. ¿Tiene miedo, señor Paige? Lo único que le garantizo es que por el camino que ha tomado, recurriendo a niños bonitos como su compatriota el capitán Bowie, a borrachos empedernidos como el coronel Lagrange y a miserables fracasados como Dudot y los demás, no llegará a parte alguna. Elija: seguir mi consejo, o no seguirlo. Y ahora, ¡suélteme, imbécil!

Paige no la soltó.

—¿Quién la ha informado de mi identidad, mis actividades en Dakar y el objeto de mis pesquisas? ¿Cómo está tan enterada?

—¡Eso no le importa!

—Se equivoca, es de importancia fundamental. Si las personas a quienes busco conocen de antemano todos mis pasos, mi investigación no tiene la menor probabilidad de éxito.

—Y no la tiene, señor Paige, salvo que confíe usted en mí.

—¿Cómo sabe usted que Ivette Lebrun me será útil?

—¿Quiere hacerme el favor de ahorrarse las preguntas y soltarme de una vez? Lo que pretende averiguar, ¡entiéndalo!, es

Ivette quien ha de decírselo. ¡No yo!

—¿Conoce ella a la persona o personas responsables del contrabando de armas?

—Sí.

—Luego, ¿el contrabando existe y es dirigido desde Dakar?

—Sí.

Paige rió sordamente.

—Salta a la vista, paloma, que sabe usted tanto como ella. ¿Para qué voy a molestarle visitándola?

Nina Raabe hizo una profunda inspiración. Relajó la tensión de sus músculos. Abandonó sin resistencia, en manos del hombre, el brazo que éste le retenía.

—Conforme, señor Paige —dijo—. Eche a perder su única ocasión. No se moleste visitando a Ivette. Malgaste el tiempo conmigo. Pero luego no se lamente si regresa fracasado a su país. De mí no obtendrá una palabra más. La idea de que yo sé del negocio de armas tanto como Ivette, es exclusivamente suya. Una idea tan brillante como la de interrogar a Dudot o Flappert o pedirle consejo al capitán Borne...

Paige soltó la muñeca de la mujer.

—Dakar es pequeño: un agujero negro del que no se escapa fácilmente. Si de mi entrevista con Ivette Lebrun deduzco que me ha tomado usted el pelo, le juro que ajustaremos cuentas.

Nina retrocedió hacia la puerta con paso ondulante, tranquila, exuberante de belleza y naturalidad. Desde la puerta, preguntó:

—¿Son esos sus métodos de trabajo? ¿Mostrarse ante las mujeres fanfarrón y truculento como un colegial mal educado? —Sacudió burlonamente la cabeza—. Temo que mi ayuda de poco le servirá, y no por culpa mía. O mucho me equivoco, o Ivette Lebrun se hará ante usted el mismo hartón de reír que yo estoy, por dentro, haciéndome ahora. Como investigador y como hombre, señor Paige, tiene usted mucho, muchísimo que aprender. Le deseo suerte. Crea que de veras la necesita.

Aquéllas eran las últimas palabras que Bill Paige le había oído. Aquélla fue la última vez que la vio.

Porque ahora Nina Raabe ya no era ella misma. Ya no era siquiera una mujer hermosa. Alguien le había, de un bárbaro tajo, cortado el cuello casi en redondo, de modo que era tan sólo un

cadáver sucio de sangre y barro y empapado de agua de lluvia.

Pero había muerto precisamente en el jardín de Ivette Lebrun, a pocos metros de donde la rubia platino yacía muerta también.

¿Por qué? ¿Por qué allí y entonces?

CAPÍTULO III

Paige fue al Club Ulanga bastante después de haber cenado. El local estaba en el boulevard Castroux, extremadamente simple, semejante a una gran casa sahariana de lisas paredes de adobe blanqueado. Se alzaba entre palmas datileras, y sus rótulos luminosos de vivos colores producían en la noche fantástico efecto. Al propio tiempo, bien dispuestos focos realzaban la deslumbrante blancura de sus muros, al pie de los cuales se desarrollaba la mágica teoría de las flores tropicales, de las hojas gigantes, de los tallos de forma inusitada.

El interior se componía de una única sala con un patio en el centro. El arte de los pueblos del desierto y las obras características de la cultura negra de África Occidental habían sido combinados magistralmente en la decoración de la sala. En el patio rumoreaban las fuentes y alcanzaba la vegetación un esplendor alucinante.

Paige sacó apreciativamente el labio inferior. Una mirada le bastó para observar que la concurrencia era nutrida y, particularmente, que abundaban en ella los americanos. Ciertamente, el personal de la base aérea, todavía en construcción, era numeroso, y sin duda disponía de dinero fresco y de pocos lugares donde gastarlo. Acaso ello explicase la existencia al borde de la selva de aquella encrucijada donde se mezclaban la moneda de América, el exotismo de África y la civilización de Europa.

La gente bailaba, bebía y charlaba. Paige, bordeando las mesas, se dirigió al bar, desde donde la pista, la sala y el patio se dominaban en escorzo. Junto al bar, fijo en la pared, un tablero publicitario presentaba una colección de fotografías. Se detuvo ante ellas.

Allí estaba, bien visible, bien destacada. Rubia platino, en efecto, y muy hermosa. Las ropas con que la habían retratado llevaban el sello inconfundible de París. Hablan inscrito su nombre

con letras rojas de material plástico: Ivette Lebrun.

—¿A qué hora actúa? —preguntó Paige al barman—. Un *whisky*. Mucho hielo y poca soda.

Había hablado en francés. El barman, un negro senegalés de ancha sonrisa, le respondió en inglés:

—Hoy no actúa, señor. ¿Mala noticia para usted?

Sirvió el *whisky*.

—¿Descansa?

—Está indispueta.

Paige examinó el contenido del vaso.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy mismo, señor. Quizá mañana...

Nina Raabe lo sabía todo, excepto aquello. A Ivette no se la podía ver en el Club Ulanga. No aquella noche.

—Pero ¿ha venido?

—¡Si está indispueta!

—¿Y bien? Puede estar afónica, o algo así. Hay indisposiciones que no impiden andar.

El senegalés se encogió de hombros.

—No me pregunte detalles, señor. Me limito a repetirle lo que ha dicho Lessu.

—¿Quién es?

—Su pianista.

El dedo pulgar del negro señalaba hacia el extremo del bar. Lessu podía ser cualquiera de los hombres arrimados a éste.

—¿El rubio?

—El del traje blanco.

No era rubio, sino moreno, de mediana estatura, rostro malhumorado y gran nariz. Usaba camisa azul pálido y corbata azul oscuro. Bebía ajeno. Debía de haber bebido mucho, pues un aura de olor anisado parecía envolverle. Tema la mirada turbia.

Paige fue hacia él con el vaso de *whisky* en la mano.

—¿Lessu?

El pianista alzó los ojos.

—Estoy seguro de no conocerle a usted.

La réplica, pronunciada con erres típicamente marselesas, no había sido amable, pero el americano no se inmutó.

—Me llamo William Paige.

—¿De veras?

Paige improvisó un plan de acción sobre la marcha.

—No parece usted el tipo que se siente a gusto en Dakar —dijo. Su mano, con el vaso de *whisky*, se movió como señalando el ajeno—. Ese consuelo es ficticio. No le ha dado resultado a nadie.

La mirada de Lessu se avivó.

—Meter las narices en asuntos ajenos da como resultado que a uno se las aplasten. ¿Sabía eso, camarada?

—Sí —asintió Paige—. Pero usted no es para mí, asunto ajeno. Me interesa de manera especial. Me interesan usted y esa paloma a quien acompaña al piano...

—¡Oh, ella interesa a muchos!

—Estoy hablando profesionalmente.

El pianista tomó su vaso de ajeno y lo vació sorbo tras sorbo. Paige chasqueó los dedos para llamar al barman.

—Otro por mi cuenta.

La mirada alcohólica de Lessu escrutaba su rostro.

—¿Qué es en realidad lo que quiere?

—A usted no le gusta Dakar. ¿Le gustaría América?

—Detesto América.

—¿También detesta el dinero americano?

—¿Por qué no habla claro?

Paige respiró profundamente.

—Si lo desean, usted y la señorita Lebrun pueden salir de aquí con un contrato para la TV norteamericana. Estudios en Nueva York y una red que cubre toda la costa atlántica. Yo soy el jefe de programas. Dinero americano y popularidad mundial.

Lessu se echó atrás y disimuló un eructo. Lo convirtió en una amarga sonrisa.

—¿Jefe de programas de una red de televisión? —preguntó burlonamente—. ¿Qué hace usted en Dakar? ¿Buscar talentos africanos? ¡Vamos, hombre!

—Conozco mundo —declaró fríamente Paige—. Dakar es una escala en el viaje de regreso de mis vacaciones. He presenciado la actuación de ustedes por casualidad... Sé apreciar lo bueno, créame.

—Está loco. —La burla había desaparecido del tono del pianista—. Yo soy sólo el acompañante de Ivette Lebrun. Nadie. Es ella quien acepta o rechaza los contratos. Hable con ella y déjeme a mí

en paz.

—A eso he venido esta noche, pero me han dicho que está indispuesta. Trato de ganar tiempo.

—¿Conmigo?

—¿Por qué le sorprende?

—Siempre me sorprende la candidez humana. En primer lugar, Ivette no está indispuesta: si no actúa hoy es por puro capricho; en segundo lugar, existe una persona que le tolera esos caprichos; en tercero, ni Ivette ni yo iremos a América si esa persona no quiere. —Lessu se llevó, a los labios la nueva ración de ajeno—. Y no querrá.

—¿Quién es?

—Lee Harriman.

—El nombre no me dice nada.

—El patrón, el jefe, ¡el dueño de esto! Hizo un viaje a París tres meses atrás. Se trajo a Ivette consigo y la convirtió en estrella del local, no porque ella cantase particularmente bien, no porque fuera artista ni porque fuera hermosa, sino porque la amaba. ¿Empieza a comprender?

—Lee Harriman —repitió Paige en un murmullo—. ¿Americano?

—Sí.

—Él ama a Ivette. ¿Y ella a Harriman?

—Ella se deja amar. El amor de un hombre como Harriman equivale a un capital de varios millones... ¿Sigue comprendiendo?

Paige, pensativo, se pasó la lengua por los labios.

—El contrato que yo ofrezco también representa un capital. Y en dólares.

—Muy bien. Cuénteselo a ella.

—Lo haré. Pero usted, Lessu, tendrá una prima del cinco por ciento sobre la cantidad que firme Ivette Lebrun si logra convencerla para que acepte ese contrato.

—¿Lo dice en serio?

—Completamente en serio. Usted es su colaborador, probablemente se conocen hace tiempo, goza de su confianza...

El pianista rió ásperamente.

—¡Qué hermoso cuadro! No, camarada, no. Conozco a Ivette desde que ella vino de París con el señor Harriman. Yo estaba en Dakar, varado, empantanado aquí. Ivette necesitaba un pianista

para presentarse al estilo de las grandes figuras de la canción... El señor Harriman me sacó del pantano para que desempeñase ese papel. ¿Confianza? Camarada, a Ivette no le gustamos os borrachos...

—Cinco por ciento si el contrato se firma —insistió Paige.

Lessu hundió la nariz en su ajeno.

—No se ensañe conmigo, por favor.

—¿Dónde puedo ver a Ivette esta noche?

—Esta noche... es difícil... ¿Está usted realmente decidido a intentarlo? ¡Oh, infiernos! ¿Qué les corre a los americanos por las venas? ¿Supercarburante? ¿Por qué no deja que la vida siga su curso?

Paige apoyó pesadamente una mano sobre el hombro del pianista.

—Eso que usted llama vida, Lessu, no lo es. Reflexione. Dentro de un año puede usted desembarcar de regreso en Marsella con cien, doscientos o trescientos mil dólares ahorrados. Su vida empezará en aquel momento... ¿Dónde encontraré ahora a Ivette? Dice que no es cierto que esté indisputada. ¿Dónde la encontraré?

—Se ha quedado en casa —murmuró el marsellés.

—¿Por qué?

—Hastío, nostalgia, morriña, melancolía, llámelo como quiera. A todos nos da de vez en cuando. Pero ella no bebe...

—¿Dónde vive?

—Ciento dos, calle de Julien Jacotte. Más allá del Jardín Botánico.

Paige suspiró. Apuró de un trago el *whisky* y depositó el vaso vacío sobre el bar.

Ciento dos, calle Julien Jacotte. Mejor así. Mejor en la intimidad de su casa.

—Gracias.

—No sea tan condenadamente optimista —dijo Lessu—. Usted no sabe lo que es Ivette cuando se siente como hoy. Acérquese a su casa y le tirará a la cabeza el primer objeto que tenga a mano. Espere.

—No puedo esperar. También usted ha estado a punto de tirarme a la cabeza su vaso de ajeno, ¿y qué?

—Váyase al diablo, camarada.

Paige sonrió con satisfacción.

—¿Cuánto tiempo lleva empantanado en Dakar, Lessu?

—Dos años. Dos siglos.

—¿Conoce a Nina Raabe?

La inesperada pregunta hizo al pianista enderezar bruscamente la cabeza. Una expresión de recelo se extendió por su rostro.

—¿Cómo? ¿Qué tiene esa pájara que ver...?

—Nada. Simple curiosidad. La he conocido esta tarde. He mencionado a Ivette ante ella. Me ha parecido... como si hubiera algo de particular entre las dos.

Lessu hizo una mueca.

—Juzgue usted mismo. Antes del viaje del señor Harriman a París, Nina ocupaba en su corazón y su bolsillo el lugar que ahora ocupa Ivette. Cuando ésta apareció ya no hubo historia.

—¿Qué hace ahora?

—¿Nina?

—Sí.

—Supongo que habrá encontrado otro bolsillo y otro corazón.

—¿Cuáles?

—No lo sé. Yo no me entero de nada, salvo de lo que ocurre en el fondo de los vasos de ajeno.

—Me gustaría saberlo —dijo lentamente Paige—. Y mi interés por ello ya no es profesional.

—No creo que le cueste mucho averiguarlo —bostezó el pianista—. Las mujeres como Nina Raabe no abundan en Dakar. Los hombres a quienes esa clase de mujeres echa el anzuelo, menos aún. Pero sospecho, camarada, que a usted se le ha subido el trópico a la cabeza.

—Quizá sí. —El americano sacó su billetero—. ¿Cuántos vasos más le parece que resistirá usted esta noche?

—Ocho. Diez si no viene otro pelmazo a colocarme un disco.

—Tiene quince pagados. —Paige arrojó un billete sobre el mostrador e hizo un signo al barman—. No es necesario que se tome la molestia de agradecérmelo. El esfuerzo por mostrarse cortés podría perjudicar su salud.

Recogió la vuelta del billete, dio la espalda al marsellés y se alejó.

Comenzaba a llover cuando salió del club: enormes gotas se

estrellaban sobre la acera del *boulevard*. La humedad, evaporada al instante en la tierra seca, formaba una niebla baja de color gris que olía intensamente a vegetación. Era una sorpresa. Dejó que el agua cayera sobre él, indiferente al perjuicio que pudiera sufrir su traje. Tomó asiento en el coche que el capitán Bowie había puesto a su disposición, y partió sin alzar la capota.

Así había empezado el baile. Ahora, nuevamente azotado por la lluvia en el jardín de Ivette Lebrun, Paige reflexionaba sobre todo aquello. Nina, muerta. Ivette, muerta. Dos mujeres fuera de serie por su belleza, personalidad y atractivo. Estaba seguro de que no había en Dakar una tercera que pudiera compararse con ellas.

Las dos se relacionaron estrechamente con un hombre llamado Lee Harriman. ¿Hasta qué punto era esto un hecho clave?

CAPÍTULO IV

Paige regresó cabizbajo a la cocina. Tomó su vaso de *whisky*, lo apuró de un trago y volvió a dejarlo en el fregadero.

La conexión entre los sucesos parecía evidente: Ivette desbancó a Nina de su posición junto a Lee Harriman; la primera estaba de algún modo relacionada con el contrabando de armas; la segunda lo supo, supo que un investigador americano trabajaba en el asunto y le brindó la pista para satisfacer su espíritu vengativo...

La música, que continuaba sonando en el cuarto de estar, cesó de sopetón. En mitad de un arpegio, el amplificador había sido desconectado. Alguien lo hizo. Una mano humana.

Paige sintió un ligero escalofrío.

Abandonó la cocina.

En el cuarto de estar había tres hombres. Los tres le habían oído moverse. Los tres miraban en su dirección.

Los tres empuñaban sendas pistolas.

Eran tres policías senegaleses: dos agentes y un sargento, negros, enormes: más de metro ochenta de estatura cada uno.

El sargento pestañeó.

—¿Quién es usted?

Paige vio que, en el vestíbulo, la puerta exterior estaba completamente abierta. El estrépito de la lluvia había apagado el rumor producido por la llegada de los tres negros.

—William Paige.

—¿Extranjero?

—Americano.

—¿Residente en Dakar?

—Transeúnte.

Las tres pistolas permanecían en la misma posición. Los dos agentes estaban uno a cada lado del cadáver. El sargento parecía perplejo, como si dudase entre adoptar una actitud amistosa u

hostil.

—Su pasaporte.

Paige entregó su pasaporte, que el negro examinó con el entrecejo fruncido.

—Encontrará ahí pocas cosas relacionadas con la muerte de la señorita Lebrun, si es eso lo que busca.

—¿Diplomático?

—Sí.

—¿Fue usted quien dio el aviso?

—Yo no he dado aviso ninguno.

—Tendrá que explicar su presencia en esta casa, señor Paige. — El sargento hizo a sus subordinados un signo con la cabeza—. Echad una mirada.

—No olviden la parte trasera del jardín —dijo el americano, entre dientes.

—¿Qué hay allí?

—Deje, que sus hombres lo vean.

Dos de las armas desaparecieron. Sin soltar la suya, el sargento avanzó hasta colocarse detrás de Paige y le cacheó con rápidos y firmes ademanes.

—Lo siento —se excusó, dándole de nuevo frente y devolviendo la pistola a su funda—. Me limito a seguir las instrucciones reglamentarias. La situación, ¿comprende usted?, es para mí de la máxima responsabilidad.

Los dos agentes regresaron súbitamente. Sus rostros tenían una expresión bovina.

—Han matado a otra ahí fuera —anunció uno, sacudiendo el agua de su uniforme—. La conozco. No sé su nombre, pero la conozco...

El sargento salió en dirección a la cocina sin pronunciar palabra. Cuando volvió, Paige había encendido un cigarrillo y se hallaba instalado en el diván, con el cuerpo ensangrentado de Ivette a sus pies. El negro le miró e hizo una mueca.

—¿Quién es la otra?

—Se llama Nina Raabe. ¿Qué le parece si, como usted ha indicado, aclaro de una vez mi posición? Va siendo hora de que me marche a la cama.

—¿Dónde adquirió usted esa sangre fría, señor Paige?

Paige enseñó los dientes en una sonrisa.

—Me crié en los mataderos de Chicago. Hijo de un matarife. Mi padre degollaba diariamente quinientos terneros. ¿Desea o no tomarme declaración, sargento?

El sargento se agachó junto al cadáver y apartó con sus negros dedos las ropas para examinar la herida.

—Le escucho.

—Estoy en Dakar desde anteayer. Mi costumbre es, me encuentre donde me encuentre, combinar trabajo y diversión. Me gustan las buenas compañías. Creo que esto lo explica todo.

La mirada del sargento estaba fija en el rostro muerto de Ivette.

—¿Todo, señor Paige?

—¿Por qué no? Conocí a Nina Raabe. He ido esta noche al Club Ulanga con objeto de conocer a Ivette Lebrun. La pobre actuaba allí, pero hoy se había quedado en casa aquejada de una crisis de morriña. He conseguido que Lessu, su pianista, me diera sus señas. He venido a probar suerte. He visto... lo que usted mira ahora. Me he servido un *whisky*. Al pasar a la cocina en busca de hielo y soda, he descubierto por la puerta trasera lo demás. En ese momento han llegado ustedes.

El negro enderezó su alta y gallarda figura.

—Yo puedo ser un hombre de color, señor Paige —dijo secamente—, pero aquí no estamos en los Estados Unidos. Construir una base militar en el Senegal, no es, como muchos de ustedes creen, anexionarse el territorio.

—¿A qué viene esa tontería?

—Quizá en su país un policía de color se vería obligado a admitir la explicación que acaba de darme. Yo no la admito.

Paige respiró profundamente.

—No he querido ofenderle —dijo con sinceridad—. Mi explicación suena a estúpida porque la vida real es estúpida. —Señaló la biblioteca, en uno de cuyos compartimientos se veía un aparato telefónico—. Le sugiero que llame al coronel Lagrange y mencione mi nombre. El coronel responderá de mí. Es, sargento, cuanto puedo hacer en su ayuda.

—¿Coronel Lagrange? ¿Se refiere al jefe de la Inteligencia militar?

—Sí.

Con paso resuelto, el policía se dirigió al teléfono, lo descolgó y marcó un número.

—Sargento Dakram al habla. Póngame inmediatamente en comunicación con el coronel Le gran ge... Muy bien, localícele. ¿Mi número? Tome nota.

Dictó el número del teléfono de Ivette leyéndolo en el disco del aparato, colgó, y aguardó completamente inmóvil, fija la mirada en la pared.

El teléfono repiqueteó apenas un minuto. El sargento se llevó el receptor al oído y adoptó instintivamente la posición de firmes.

—Mi coronel, lamento importunarle a esta hora... Sargento Dakram, de la Policía Urbana. Tengo conmigo a un súbdito norteamericano, pasaporte diplomático a nombre de William Paige... Sí, mi coronel. Al momento; mi coronel. —Tendió el teléfono a Paige—. Desea hablar con usted.

El americano abandonó su butaca y tomó el aparato.

—El sargento está cumpliendo con su deber —dijo, sin preámbulos—. Le llama por indicación mía.

La voz del militar, habitualmente ronca, inquirió:

—¿Ocurre algo malo?

—Dos mujeres han muerto asesinadas. He coincidido con la policía en el escenario del crimen, y necesito el aval de usted para que se me permita retirarme...

—¿Dos mujeres asesinadas? —preguntó Legrange, con sobresalto—. ¿Qué mujeres?

—Se llaman Nina Raabe e Ivette Lebrun.

—¡Paige! ¿Qué es lo que dice?

—No tengo nada que ver con esto. No sé una palabra. La policía le informará a usted. Estoy de más aquí. Me encontrará en el hotel si algo quieren de mí, pero ahora sírvase decirle al sargento... —El hilo telefónico transmitió un ronco juramento—. ¿Me escucha, coronel?

—Sí. ¿Dónde está usted?

—En casa de Ivette Lebrun.

—Pero ¿no se ocupaba usted...? ¿No me dijo...?

—En efecto. Dispénsame de dar explicaciones por teléfono, se lo suplico. Nos veremos mañana.

La voz del coronel sonaba más ronca que de costumbre:

—Me parece estar viviendo una pesadilla. ¿Nina Raabe e Ivette Lebrun?

—¿Conoció a esas mujeres?

—¡Naturalmente que sí! ¡Oh, por Satanás, esto es abominable! ¡No alcanzo a comprenderlo! ¡Quisiera...!

Paige entregó el teléfono al sargento.

—Entiéndeselas usted con él.

El negro escuchó un instante. Luego dijo:

—Es el sargento Dakram quién está al aparato, mi coronel... No, en absoluto. No, mi coronel. Se recibió en el puesto un aviso telefónico anónimo. No fue mencionado el asesinato. Alguien informó de que algo anormal sucedía aquí, y dio señas. He venido con dos hombres... Por supuesto, mi coronel, aviso anónimo: cortaron la comunicación sin más detalles. Llamaré ahora mismo al inspector Pasquín. ¿El señor Paige? Perfectamente, mi coronel.

El senegalés depositó el aparato en su soporte y se volvió; no para mirar a Paige, sino a la mujer.

—¿Y bien? —inquirió el americano.

—Puede marcharse. El inspector decidirá más tarde lo que debe hacerse. ¿Cuál es su hotel?

—El «América». Buenas noches, sargento.

Allí quedaban, muertas las dos: Ivette y Nina; allí se interrumpía bruscamente una pista que hubiera podido dar muy buenos frutos.

El doble asesinato, ¿era consecuencia de la investigación acerca del contrabando de armas? ¿Se trataba sólo de una coincidencia? ¿Existía debajo de todo aquello una corriente de pasiones — mortíferas pasiones—, que no habían aún salido a luz?

Mientras atravesaba el jardín en dirección a su coche, bajo la lluvia, Paige se dijo que necesitaba conocer mejor la vida, las costumbres, las actividades, las amistades, los vicios y las virtudes de Nina Raabe e Ivette Lebrun. Quizá de este modo no lograría sino penetrar en las entrañas de un problema ajeno por completo a su objetivo; pero era también posible, mucho más posible, que llegara así a descubrir quién en Dakar enviaba a los guerrilleros argelinos armas de procedencia norteamericana.

El «jeep» de la policía se hallaba estacionado detrás de su descapotable. Sentándose al volante de éste, Paige demarró y emprendió el regreso al centro de la ciudad.

No quería acostarse con la mente hirviente de embarulladas ideas, de modo que en la plaza de Francia, a doscientos metros de su hotel, hizo alto ante un bar y se refrescó el gaznate con un *whisky* doble. ¿Ideas embrolladoras? El *whisky* le duró media hora y al terminarlo, dedujo que el embrollo no tenía remedio en tanto no ampliara su precaria información. Se le ocurrió repentinamente que alguien, una persona concreta, podía ampliársela: la persona que avisó al puesto de policía de que algo anómalo sucedía en casa de Ivette Lebrun. ¿Fue el propio asesino de las dos mujeres? Si lo fue, ¿con qué objetivo avisó? ¿O acaso fue alguien que visitó el lugar después que el asesinato y antes que él?

Fuera quien fuese, a Paige le hubiera gustado conocer a aquella persona; le hubiera gustado beberse el *whisky* en su compañía.

La lluvia estaba cesando cuando entró en el hotel. Subió a su habitación. Una sensación rara, como un cosquilleo a lo largo del espinazo, le acometió al empujar la puerta.

Había cinco hombres en la habitación. Tres de ellos eran negros. Dos eran blancos. Cada uno de los blancos empuñaba una pistola.

—¿Qué es esto? —preguntó Paige a media voz—. ¿Un pleno del Congreso?

CAPÍTULO V

De los dos hombres blancos, uno era fornido, tenía como cuarenta años, cara ancha y roja, y vestía un traje de color verdegris. El otro era un jovenzuelo que usaba bigotillo y estaba en mangas de camisa.

El joven parecía nervioso. Fue su compañero quien habló:

—Pase y siéntese, Paige. ¿No se llama usted así?

Había querido mostrarse gracioso, pero su francés, duro y gutural, carecía por completo de gracia.

Paige cerró la puerta impulsándola con el pie, avanzó unos pasos y tomó asiento en la misma butaca que horas antes ocupara Nina Raabe para brindarle su ayuda.

—No es bueno que los niños jueguen con armas —dijo—. Sería mejor darle un chupete al pequeño o enviarlo al cine para que se le calmen los nervios. ¿Usted quién es?

El hombre fornido miró a su acompañante de reojo y se restregó el mentón con la culata de la pistola. Preguntó a boca de jarro:

—¿Qué le ha dicho Nina?

—¿Quién es Nina?

—Mire —el hombre resolló—, no hemos venido a deleitarnos con su ingenio. Procure imaginar lo que pintamos aquí, y hablemos claro.

—No tengo imaginación.

A una seña del que llevaba la voz cantante uno de los negros se movió perezosamente en torno a Paige hasta situarse a su espalda. El jovenzuelo contrajo la boca en un tic grotesco. Su pistola temblaba.

—¿Cuándo le ha visitado Nina?

Paige sentía detrás de él la cálida respiración del senegalés. Estaba solo y desarmado frente a cinco individuos que, a buen seguro, no atenderían a razones. Comprendió que las cosas se

pondrían muy feas si no modificaba ligeramente su actitud.

—Si se refiere a la señorita Raabe, me ha visitado antes de la cena.

—¿Para decirle qué?

—Lo sabe usted tan bien como yo, o de lo contrario no sostendríamos esta charla.

El hombre fornido gruñó:

—Hala, Bubutte.

Un puño negro descendió violentamente. Un agudo dolor en el hombro, junto a la base del cuello, hizo a Paige encogerse sobre sí mismo.

—Así me cuesta más explicarme —articuló.

—¿Qué quería Nina?

—Alegrar un poco mi estancia en Dakar.

—¡Déjese de chistes! ¿De qué hablaron?

—Me recomendó los encantos de una rubia platino. ¿Por qué pregunta lo que ya sabe? Nina olvidó únicamente mencionar que la rubia era el capricho del alma de Lee Harriman; es decir, de quien les paga a ustedes para que me obsequien con su presencia.

El hombre fornido no alcanzó su momentánea sorpresa.

—Nada de disparos al aire. Sería, ¿entiende?, malo para usted que alguno diera en el blanco. ¿Qué le dijo Nina de la rubia? ¡Infiernos! ¿Habré de sacarle las palabras una a una? ¿No se percata de su situación, Paige? ¡Un gesto mío, y mis hombres le harán pedazos!

Paige rió.

—Sus hombres no me harán nada que meta ruido: a los diez segundos tendríamos aquí a todo el hotel. Lárguense y díganle a Harriman que sus métodos son infantiles. Puede añadir que no llegará a ninguna parte empleando ineptos como usted y nenes como su compañero. Salúdenle en mi nombre.

La cara del hombre fornido comenzó a adquirir un tono púrpura.

El joven murmuró:

—Terminemos de una vez, Pierre...

Y en aquel instante repiqueteó el timbre del teléfono. Su sonido sobresaltó de tal modo al muchacho que casi se le cayó la pistola de la mano. El negro que Paige tenía a su espalda emitió un ronquido. Los otros dos miraron con alarma a su jefe.

—Voy a contestar —anunció Paige—. Traten de impedírmelo si se atreven.

Hubo unos segundos de tensión enervante. La frente de Pierre se llenó de sudor, mientras el teléfono continuaba sonando.

—No se mueva de dónde está, Paige.

—Es la policía —aventuró el americano, alzándose lentamente de la butaca, fijos sus ojos en los del hombre fornido—. Apuesto a que llaman desde el vestíbulo. Si no contesto, subirán.

—¿Me toma por tonto?

—Espero que no lo sea. El conserje me ha visto entrar. ¿Le parece que me percato suficientemente de la situación?

Pierre masculló un juramento. El joven gimió:

—¡Oh, basta ya!

—¡Cierra el pico! —Con súbita decisión, Pierre levantó el teléfono de su soporte—. ¿Diga? Sí, aquí está... ¿Quién le llama? —Apartó el aparato de su oído como si quemase. Se velaron sus pupilas—. Es usted un maldito chambón, Paige —añadió roncamente, cubriendo la boquilla del teléfono—. Hable. Pero cuidado con lo que dice... Le pegaré un tiro aunque se hunda el mundo.

Paige avanzó y le arrebató el aparato de la mano. Toleró con indiferencia que el francés le hincase la pistola en los riñones.

—Bill Paige al habla.

—Aquí el inspector Pasquín, de la Brigada Especial —anunció una voz seca y cortante—. Necesito verle a usted. ¿Está dispuesto?

Era la policía, a fin de cuentas.

—¿Dispuesto a qué?

—Envío un coche en su busca para que le traiga a la Oficina Central. No me diga que quiere irse a la cama —la voz se tornó agresiva—. Yo no soy el sargento Dakram. Tengo carta blanca del coronel Legrange para entendérmelas con usted; y si no la tuviera, me la tomaría.

Paige volvió la cabeza para desafiar a Pierre con la mirada.

—La policía envía un coche en mi busca. No tardarán.

—Chambón... maldito chambón...

—¿Me ha oído? —preguntó el inspector, a través del hilo.

—Sí. Aguardo en mi habitación del hotel.

—Hasta pronto. Celebro que se ponga en razón, señor Paige.

El jovenzuelo y los tres negros, sin que nadie se lo hubiera ordenado, se habían retirado ya hacia la puerta. Pierre titubeaba. Su rostro traslucía una mezcla de cólera y temor.

Súbitamente, Paige le arrancó de sus titubeos. Extendió ambas manos, hizo presa en su antebrazo, le aplicó una violenta torsión y en un abrir y cerrar de ojos le arrebató la pistola. Pierre lanzó un gáñido de miedo. El americano empuñó el arma y se la incrustó en la mandíbula. La brutalidad del golpe envió a Pierre contra uno de los negros, tambaleándose, gimiendo sordamente. Sus gemidos cesaron cuando Paige, que le había seguido, le hundi6 los dientes hasta la laringe con un nuevo golpe de la pesada pistola.

—¡Quieto! —chilló histéricamente el joven—. ¡Quieto, digo!

Por un momento temió Paige que fuera a disparar, pero no ocurrió así. En cambio, el negro contra el cual habíase precipitado Pierre, un mastodonte sudoroso, de ojos de cerdo, echó a su jefe a un lado y acometió con tal violencia que su primer ataque estrelló al americano contra la pared. Paige se deslizó deliberadamente al suelo, encogió las piernas, y su doble puntapié atinó al senegalés en lo más vulnerable del plexo solar. El negro se dobló boqueando. Un culatazo en las encías terminó de derribarle.

El muchacho y los dos negros restantes parecían haberse convertido en estatuas. Pierre pretendía aproximarse a ellos caminando a gatas, pero las náuseas le habían detenido y estaba vomitando junto a la pared. Bill Paige le alcanzó de un salto y descargó un talonazo sobre su mano derecha, un único golpe, seco y duro. Oyó distintamente el crujido de los huesos al quebrarse, al tiempo que el fornido Pierre rompía desesperadamente a llorar. Pasaría mucho tiempo antes de que con aquella mano pudiese empuñar contra alguien una pistola.

Los otros tres hombres miraban ante sí con horror. Paige arrojó la pistola de Pierre contra el pecho del más próximo de los negros, el cual cayó de rodillas al recibir el terrible impacto.

—¡Largo de aquí! ¡Fuera esta basura! ¡Pronto!



—¡Largo de aquí!

El jovenzuelo abrió la puerta y desapareció. Paige se demoró un instante viendo cómo se retiraban los demás, luego los adelantó y abandonó la habitación a su vez. Corrió a lo largo del pasillo y descendió por la escalera. Atravesó el vestíbulo antes de vislumbrar al muchacho, que huía ante él y se encontraba ya en la calle,

dispuesto a montar en un «*Vedette*» blanco y gris estacionado junto al bordillo.

Voló al aparcamiento del hotel. Se hallaba al volante de su descapotable cuando el joven puso el «*Vedette*» en marcha. Le siguió sin dificultad, sin pretender siquiera disimular que le seguía, seguro de que el terror impediría al pistolero prestar atención a nada que no fuera su propia fuga.

Así, un coche en pos de otro, atravesaron la ciudad desierta, inundada por la lluvia. La carrera no fue larga. Terminó en la moderna avenida que bordeaba el mar en dirección a Rufisque, paralelamente a la vía del tren, ante una grande y lujosa villa que se alzaba del lado del océano. El muchacho saltó del «*Vedette*» y se introdujo en la casa, donde se veían algunas luces. Paige redujo la marcha, pero pasó de largo. Luego dio vuelta y regresó lentamente al centro de la población.

La villa tenía en la puerta el número 166. Número 166 del *boulevard* Bakeloló.

En el primer bar que encontró abierto camino del hotel consultó la guía telefónica. En el 166 del *boulevard* Bakeloló vivía T. Harriman. Comprobar esto no fue para Paige una sorpresa.

CAPÍTULO VI

El coche de la policía esperaba frente al hotel. A la puerta de éste, vestido de paisano, pero inconfundible, un agente montaba guardia.

Paige le dijo:

—Lamento haberles hecho esperar. Tuve que ir a un recado.

El hombre se sobresaltó.

—¿Es usted? ¿Es usted el americano?

—William Paige.

El agente introdujo la cabeza por la puerta y anunció:

—¡Eh, está aquí!

Otro agente salió del vestíbulo. Era más alto que su compañero. Tenía la nariz veteada de azul y todo él trasuntaba un olor como a cerveza pasada.

—¿Qué le ha ocurrido? —inquirió. Miraba a Paige como si se tratara de un habitante de otro mundo—. Dice el conserje que ha habido jaleo en su habitación; que cuatro o cinco individuos...

—Viejos amigos. Su único defecto es que no aguantan bien el alcohol.

El policía quiso añadir algo, pero desistió. Se frotó la nariz con el dorso de la mano.

—Ya explicará eso al inspector. Vámonos.

Paige se instaló en el asiento trasero del coche policial. Los agentes ocuparon el delantero. El coche partió.

Pasquín era aproximadamente igual a como el americano le había imaginado al oír su voz: pequeño, enérgico, vanidoso, dotado de ojos claros que miraban de frente con una expresión a medias inquisitiva y a medias amenazadora. Ocupaba en la Oficina Central de Policía un viejo y caluroso despacho. Parecía, como tanta gente en Dakar, hastiado de todo: de la otra gente, del trópico, de la vida misma.

—Siéntese —invitó, fijando en Paige su clara y punzante mirada—. Le puedo ofrecer, si gusta, una taza de café.

Paige movió negativamente la cabeza. Uno de los agentes —ambos habían entrado con él en el despacho—, dijo:

—Ha habido jaleo.

Pasquin no apartó la mirada del americano.

—¿Sí? ¿Qué clase de jaleo?

—El conserje del hotel me ha contado que se las tuvo con unos sujetos en su habitación. Los vio bajar. Algunos estaban hechos pedazos. Fue en su habitación, no cabe duda: yo mismo he visto las señales de la pelea.

—¿Él los hizo pedazos? ¿Él solo?

—Así parece.

El inspector frunció los labios como para silbar, pero no silbó.

—¿Y bien, señor Paige?

Paige se arrellanaba en una incómoda butaca de cuero.

—¿Y bien qué? El conserje soñaba.

El agente intervino para repetir:

—Yo mismo he visto...

—¿La supuesta pelea? ¿A mis supuestos contrincantes?

Hubo un silencio.

—Largaos —gruñó Pasquin—. ¡Hala, fuera, pronto!

—Americano —murmuró con rencor el policía de la nariz veteada, antes de retirarse—. Americano tenía que ser. Yo que tú, Pasquin, le enseñaría...

—¡Hala! —insistió el inspector, golpeando con el puño su escritorio. Aguardó a que los agentes hubieran salido, y luego añadió para Paige—: Apuesto a que el conserje del hotel no sueña. No complique mi trabajo, por favor. Detesto las complicaciones inútiles.

—Su trabajo, supongo, consiste en esclarecer los asesinatos de Nina Raabe e Ivette Lebrun. Yo nada tengo que ver con eso. Me he visto mezclado por casualidad.

—¡Por narices, señor Paige! Usted está practicando en Dakar una investigación: sé cuál es, se lo advierto. Esta noche ha recibido la visita de Nina Raabe. Luego ha ido al Club Ulanga y ha demostrado por Ivette Lebrun gran interés. Le han dado sus señas. Poco después, Ivette, muerta, Nina, muerta y usted, han aparecido juntos en las

señas que le habían dado.

—¿Seguía usted mis pasos, inspector?

—Me he limitado a hablar con tres o cuatro personas; las primeras con quienes debía hablar al enterarme de que esas mujeres habían muerto.

—¿Lee Harriman?

—Estoy refiriéndome a Lessu.

—Cierto, las señas de Ivette se las sonsaqué a su pianista. ¿Qué más, inspector?

Pasquín suspiró.

—Mucho, muchísimo más. Es la condenada investigación de usted lo que ha provocado los dos asesinatos.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Va a discutiérmelo, señor Paige?

El americano titubeó. Se pasó la lengua por los labios.

—Si tiene usted la impresión de que procuro salir del paso con evasivas para no comprometer el secreto de las pesquisas que me han traído a Dakar, le ruego que rectifique. Soy sincero cuando afirmo que nada tengo que ver con la muerte de las dos mujeres.

El policía le miró con curiosidad.

—¿Dice eso en serio?

—Completamente en serio. Cuando habló usted con Lessu, aparte mencionarme a mí, ¿declaró el pianista algo de importancia?

—No sé a qué se refiere.

—Lessu me contó la relación que existía entre Nina: Raabe e Ivette Lebrun. Esa relación se llama Lee Harriman. ¿Conoce la historia?

—Por supuesto que sí.

—Bien, trate entonces de comprender mi punto de vista. Nina Raabe, en efecto, se presentó de improviso en mi habitación del hotel estaba al cabo de la calle acerca del motivo de mi presencia en Dakar, y me ofreció desinteresadamente su ayuda. Me dijo que una persona podía brindarme la pista que yo andaba buscando. Según ella, tal persona era Ivette, fui a visitarla, la hallé muerta y descubrí a la propia Nina también muerta en su jardín. Ésta es la historia. Es, digamos, la superficie de la historia.

—Siga —invitó brevemente Pasquín.

—Durante todo el tiempo, desde mi conversación con la Raabe,

tuve la sensación de que las cosas no eran lo que parecían; esa vaga sensación de que a uno le han vendado los ojos, de que alguien muy listo se divierte a costa de uno... Estoy absolutamente seguro de que mi investigación y yo mismo hemos sido elementos accesorios del doble asesinato. Creo firmemente que el motivo de este hay que buscarlo en algo que no ha salido a luz, algo en lo que Nina Raabe e Ivette Lebrun estaban mezcladas, algo tan grave que les ha costado la vida a las dos. Quizá ni ellas mismas sospechaban su gravedad. Juraría que, al visitarme, Nina no se daba cuenta de la magnitud de la catástrofe que iba a desencadenar dando aquel paso. No niego, inspector, que mi participación, completamente pasiva, haya precipitado los acontecimientos, pero sí niego que sea su causa. Y conste que procuro ser con usted absolutamente franco.

El inspector reflexionó un instante. Después dijo:

—Todo eso es muy vago. Concretemos. Usted está en Dakar, según mis noticias, para investigar por cuenta de su Gobierno el escándalo de la captura del convoy de armas en el oasis de Zuzun. ¿Sabía eso Nina Raabe?

—Sí. Y conocía al dedillo los pasos que yo había dado desde mi llegada.

—Su indicación de que visitara usted a Ivette Lebrun, ¿significaba, pues, que ésta le informaría de algo importante relacionado con aquel asunto?

—Así lo dio a entender.

Pasquín asintió lentamente.

—En el Club Ulanga, Lessu le dijo a usted que Ivette, recientemente, había desbancado a Nina en la estimación de Lee Harriman. ¿Es ésa la historia a que aludió antes?

—Sí.

—Y usted piensa que, para vengarse y como parte de un plan cuya naturaleza exacta desconecemos, Nina dirigió sus pesquisas hacia Ivette. ¿Por qué? Ivette era prácticamente forastera aquí, llegó de París hace muy poco. ¿Qué podía saber ella del contrabando de armas?

—Ahí estamos, inspector. Probablemente no sabía nada.

El policía se inclinó súbitamente hacia adelante. El timbre de su voz asemejó congelarse para preguntar:

—¿Quiénes eran los visitantes con que «ha soñado» el conserje

de su hotel, señor Paige? Ya en plan de sinceridad, ¿por qué no me habla de ellos, de lo que buscaban en su habitación y de cómo usted los ha «hecho pedazos»?

Paige rió silenciosamente. Se encogió de hombros.

—Muy bien. Eran cinco, todos desconocidos para mí; dos blancos y tres negros. Querían saber lo que Nina podía haberme contado. La llamada telefónica de usted alivió un poco la situación, y luego los expulsé a las malas. Ninguno de los cinco parecía muy ducho en la tarea que estaban desempeñando.

—¿Armados?

—Sí.

—¿Sospecha usted quién los envió?

—Creo saberlo a ciencia cierta.

—¿Quién?

—La persona en quién está usted pensando hace rato: Lee Harriman.

El inspector Pasquín carraspeó.

—¿Por qué no he de pensar en Harriman, señor Paige? Es usted quien trata de confundir unos hechos tan claros como el agua. Nina Raabe, enviándole a usted a Ivette Lebrun, no hacía más que acusar indirectamente a Harriman. ¿Qué podía saber Ivette del contrabando de armas? Nada, como usted dice, salvo que Harriman, sea responsable de ese contrabando. Ha sido Harriman, o alguien estrechamente ligado con él, quien ha impuesto a las dos mujeres silencio eterno. La evidencia no puede negarse, y si usted pretende negarla es porque, siendo Harriman compatriota suyo y...

—Un momento —interrumpió Paige—. ¿Dice usted hechos tan claros como el agua? Nina Raabe sabía de mi misión y mis gestiones en Dakar más que yo mismo: ¿es esto un hecho claro? ¿También es un hecho claro que, en lugar de acusar llanamente a Harriman, me enviase a Ivette? No, no me replique que fue por rencor hacia ella. ¿Qué demonio importaba el rencor? Suponiendo que Ivette le mereciese a Harriman tanta confianza como para que él la informase de sus negocios, ¿acaso ella le habría delatado? ¡Es ridículo! Harriman la colmaba de atenciones, amontonaba dinero sobre su cabeza, era su empresario y su protector... Conteste con lógica a una pregunta, inspector: ¿qué utilidad tenía enviarme a Ivette y no directamente a Harriman?

—Puede que entre Ivette y Harriman se hubiera estropeado el idilio.

—¡Oh, pueden haber ocurrido miles de cosas! Lo evidente, sin embargo, es que enviarme a Ivette no tenía ninguna utilidad, o una utilidad muy problemática, para mí. Ahora bien, debía de tener mucha utilidad para Nina. ¿Por qué?

—Señor Paige...

—Aguarde. Quedan pendientes un par de cuestiones. Una: ¿por qué estaba Nina Raabe en el jardín de Ivette, donde murió?

—Quizá para presenciar la entrevista de usted con ella.

—Nuestra entrevista, según las indicaciones de la propia Nina, debía celebrarse en el Club Ulanga. Todo esto es mucho más complicado de lo que parece, inspector. Esta noche, Ivette no acudió al club, alegando estar indispuesta; un pretexto falso, según información de Lessu. ¿Por qué? Resultó puramente fortuito que yo fuera a visitarla a su casa, e incluso que fuera esta misma noche. Sin embargo, a ella y a Nina las mataron allí. ¿Por qué?

—Sospecho, señor Paige, que esas supuestas explicaciones no tienen otro propósito que el de confundirme.

El americano hizo un gesto de fastidio.

—Muy bien. —Comenzó a levantarse—. Si lo toma así, más vale que terminemos. Yo estoy perdiendo mi tiempo, y usted el suyo.

—No puedo tomarlo de otro modo —dijo el inspector a media voz.

Paige le miró un instante en silencio.

—¿Qué demonios pasa?

—Será mejor qué, efectivamente, esas dos mujeres hayan muerto por culpa de la maldita historia del contrabando de armas. Mejor para mí, sobre todo.

—¿Por qué?

Pasquín se miró con aparente atención las palmas de las manos.

—Tarde o temprano lo averiguará usted —dijo lentamente—. El coronel Legrange sentía por Nina Raabe un... un interés sumamente intenso.

—¿Interés intenso? —Paige se inclinó hacia adelante y apoyó los puños sobre el escritorio del inspector—. ¿Qué significa ese eufemismo? ¿Acaso es el coronel quien tomó bajo su protección a Nina cuando Harriman la apartó de su lado?

El inspector alzó la mirada.

—Sí.

—¡El propio jefe de los servicios de Inteligencia Militar! —exclamó el americano sarcásticamente—. Ahora me explico cómo Nina Raabe sabía tantas cosas de mí; y también por qué Legrange se ha quedado patitioso cuando le he comunicado por teléfono que habían matado a Ivette... ¡y a Nina! ¿El coronel, a su edad, no ha aprendido todavía a tener la boca cerrada ante las mujeres?

—Todos somos humanos —replicó Pasquín, sin convicción—. Pero trate usted de comprender lo que ocurre.

Legrange es la autoridad, no superior, pero sí más influyente de Dakar. Si cometo un desliz con él, me expongo a pasar en este cochino Senegal el resto de mi vida; y lo cometeré irremisiblemente si de verdad se oculta alguna intriga del estilo que usted insinúa tras de la muerte de Nina Raabe.

—No siga, que me echaré a llorar —dijo violentamente Paige—. Imagine que el propio Legrange envió a Nina a mi encuentro para que me informase extraoficialmente de algo que él, oficialmente, se veía obligado a ocultarme; es más, ¡imagínese que la envió para que me colocase adrede sobre una pista falsa! ¡Póngase a extraer conclusiones de esto! ¡Desarrolle la hipótesis! ¿Qué?

—La hipótesis conduce a suponer que el coronel no es un hombre de honor ni un funcionario digno del cargo que ocupa. —Pasquín pronunció la frase casi con fruición—. Ya ve que leo su pensamiento.

—No enteramente. Legrange puede ser un magnífico funcionario; puede estar cumpliendo con su deber, y su deber puede consistir, simplemente, en hacer que fracasen mis pesquisas. Conozco el paño, inspector. Oficialmente se me presta ayuda, aunque esta ayuda se reduzca a sonrisas y palabras amables; en el fondo, hay orden confidencial, secreta, de zancadillearme. Le digo que conozco el paño.

La actitud del inspector había cambiado. Ahora, echado atrás en la silla de brazos que ocupaba, reía en silencio.

—Es usted fantástico, señor Paige. Más listo que nadie, más enterado que nadie; el Superman en persona. ¿Sugiere que el Gobierno francés, o por lo menos las autoridades del Senegal, no quieren que se haga la luz en el asunto del contrabando de armas?

Me gustaría saber si esas ideas retorcidas tuyas, esas sospechas morbosas, ese ver en todo y en todos sentidos o intenciones ocultos corresponde realmente a tus juicios o son meros juegos mentales que improvisa en mi obsequio.

Paige enderezó el cuerpo.

—Piense lo que guste. —Consultó su reloj e hizo una mueca—. Mañana hablaré con Legrange; gracias por la información referente a él. ¿Quiere un consejo a cambio?

—A ver.

—Alguien dio aviso a la Policía Urbana de lo ocurrido en el *bungalow* de Ivette Lebrun. ¿Fue el propio asesino de las dos mujeres? ¿Fue alguien que visitó el lugar entre la partida del asesino y mi llegada? Trate de encontrar a esa persona.

El inspector Pasquín no dijo nada. Permitió que el americano, con un ademán de despedida, retrocediera unos pasos hacia la puerta. Entonces, súbitamente, preguntó:

—¿Qué piensa hacer con respecto a Harriman?

—¿Hacer?

—Envía contra usted a sus matones, ¿no? Bien, presente una denuncia. Describa a los hombres que han irrumpido en su cuarto; sumaremos su descripción a la del conserje del hotel, y esta misma noche les echaremos el guante.

—¿Cómo base para proceder contra su patrón?

—Sí.

—Lamento no poder darle ese gusto, inspector. Colgarle a Harriman los dos asesinatos, a cuenta del contrabando de armas, sería demasiado cómodo. Es un americano; luego quedaría a salvo la responsabilidad francesa. Y no sé por qué, me huele que la responsabilidad francesa no puede quedar a salvo. Las muertes de Nina e Ivette seguro que tienen debajo un montón de basura. Será divertido averiguar cuánta gente en Dakar se ha ensuciado con esa basura las manos.

—¿Debo entender que se propone usted proteger a Harriman?

—Debe entender que mi interés por él es personal.

El inspector, pensativo, dijo:

—Tenga cuidado, señor Paige.

—¿Cuidado con qué? ¿O con quién?

—¡Oh, es sólo una advertencia amistosa!

Bill Paige se encogió de hombros y abandonó la oficina.

Regresó al hotel en taxi.

El conserje tenía un recado para él. Se lo dio mirándole con mal disimulada curiosidad:

—Ha venido un tal señor Lessu. Quería verle. Ha esperado un rato. Ha dicho que le llame usted por teléfono.

¿Lessu? ¿Qué podía querer el pianista de Ivette? ¿Quizá saber si ésta había accedido a firmar el imaginario contrato?

El conserje tendía una hoja de papel en la que había anotado un número telefónico. Paige lo rechazó con un ademán.

—Usted mismo. Póngame la comunicación a mi cuarto.

El teléfono campanilleaba ya cuando entró en la habitación. Descolgó el aparato.

—Hable, señor Paige —dijo el conserje.

Y acto seguido, una desagradable voz de mujer:

—¿Quién es? ¿Qué quiere a esta hora?

—El señor Lessu. De parte de Paige.

La voz murmuró una maldición. Hubo un silencio. Duró un minuto largo. Luego:

—Lessu no está. Supongo que no ha vuelto todavía.

—¿Con quién hablo?

—¿Con quién va a hablar? ¿Con la marquesa del Repollo? ¡Soy su patrona! ¿Y no podía llamar a una hora decente? ¡Está una hasta las narices de borrachos! ¿Con quién va a hablar, señor duque?

—Sí, muy bien —dijo Paige—. Gracias. Buenas noches.

Cortó, y pulsó el soporte hasta oír preguntar al conserje:

—¿Desea algo, señor Paige?

—Otro número. —Consultó su cuaderno de notas y lo dictó—. Espero. Insista hasta que contesten.

Aguardó pacientemente, oyendo sonar la llamada al otro extremo del hilo una y otra vez. Por fin se estableció la comunicación.

—Hable, señor Paige.

—¿Sí? —inquirió la voz pastosa de alguien que sin duda acababa de despertar de un sueño profundo—. ¿Quién? ¿Qué pasa?

—Es usted el capitán Bowie, ¿no? Aquí, Paige.

—¿Paige? ¡OH, Bill Paige, recuerdo! Sí, dígame.

—Atienda, Bowie, porque es importante. ¿Sabe usted algo de

Lee Harriman? Me refiero al propietario del Club Ulanga.

La respuesta del capitán se demoró unos segundos.

—Sé muy poco. En el sentido que a usted probablemente le interesa, no sé nada. Entre Harriman y nuestro Servicio de Información no ha habido jamás puntos de contacto. Admito, sin embargo, que no parece un sujeto muy de fiar; impresión personal mía, que conste.

—Ya veo. Bien, pues necesito un informe concreto. Comuníquese usted con Washington ahora mismo, de modo que el informe esté aquí antes del mediodía.

—¿Qué clase de informe? ¿Militar? ¿Político?

—

F. B. I.

—Okey —dijo Bowie.

Bill Paige colgó el teléfono y se fue a dormir.

CAPÍTULO VII

Las manecillas del reloj de Paige señalaban las doce menos siete minutos. El cielo estaba cubierto por una capa de nubes de un gris uniforme que producía la impresión de una cúpula de plomo. La lluvia de la noche anterior había dejado en el aire una espesa concentración de humedad que, en vez de mitigar el calor, lo hacía menos soportable aún.

Paige se apeó del coche frente al número 166 del *boulevard* Bakeloló. Pensó, mientras trasponía la entrada de la villa de Harriman, que el clima infernal de Dakar comenzaba a estropearle los nervios. No se sentía capaz de resistir mucho tiempo aquella atmósfera de baño turco.

El jardín estaba lleno de automóviles. De la casa llegaban los sonos de una músicaailable. ¿Una fiesta? Paige enarcó las cejas. Lee Harriman sería un tipo singular, en efecto, daba una fiesta para celebrar la muerte de la rubia platino a quien oficialmente amaba. Hermoso funeral para Ivette Lebrun.

La puerta de la casa estaba abierta y había junto a ella un boy negro de cara sonriente.

—Bienvenido, señor —dijo, antes de que Paige abriera a boca—. Encontrará a la señorita en la terraza.

El americano le miró titubeando. Luego entró en la casa sin replicar.

Cierto, se trataba de un fiesta, pero no la clase de fiesta que de Lee Harriman se hubiera esperado. Ambiente juvenil. Deportivo. Muchachos descamisados y peinados a la moda. Muchachas con pantalones cortos, tostadas por el aire del trópico, uniformemente parecidas a la B. B.^[1]

Risas. Copas. En un ángulo de la terraza, que se abría en el lado umbrío del vestíbulo, actuaba un reducido puñado de músicos a quienes Paige recordaba haber visto en el Club Ulanga la noche

anterior. Muy pocos de los muchachos y muchachas bailaban.

Bill Paige experimentó una súbita sensación de hastío, un cansancio irritante, exasperante. Iba a retroceder en busca del boy cuando observó que, desde la terraza, alguien avanzaba a su encuentro.

Entornó los párpados. Su mirada ascendió desde las chinelas de alto tacón, por las fuertes y graciosas piernas, hasta los breves pantalones amarillos, la negra blusa de punto, los hombros desnudos, el esbelto cuello, el rostro. Aquella criatura lo era todo menos vulgar. Podía provocar emociones contradictorias, pero a nadie dejaría indiferente. Un halo de energía animal semejaba envolverla. Todo en ella vivía, vibraba, palpitaba, agredía. El atractivo de su femineidad producía en la conciencia el efecto de un golpe.

Paige se acariciaba pensativo el mentón cuando la muchacha se detuvo ante él. Era muy joven, no mayor de diecinueve o veinte años. No se parecía a nadie, no copiaba, no imitaba a nadie. Su cara oval expresaba inteligencia y malicia. Sus ojos verdes, pasión, y ternura sus húmedos labios de color ciclamen. Tenía el cabello de un negro intenso, en contraste con el moreno dorado y luminoso de su tez.

En inglés, ella preguntó:

—¿Es usted Tom Weston?

Él forzó una sonrisa. Recordó hasta qué punto se había equivocado la noche anterior, bajo el diluvio, en el jardín de Ivette Lebrun. Por un momento creyó entonces que no había en Dakar una tercera mujer que pudiera compararse a Ivette y Nina. Ninguna mujer.

Ahora tema delante a aquella mujer. Era morena y estaba viva...

La muchacha insistió:

—¿Es usted Tom, el amigo de Charlie? ¿O quién es?

—Si le digo mi nombre me echarán a puntapiés de esta casa antes de transcurrido un minuto.

—De aquí no echamos a nadie a puntapiés, y menos a un compatriota. ¿Por qué no bailamos, y mientras tanto me aclara el enigma?

Por encima de la cabeza de la joven, Paige miró hacia la terraza.

—Detesto el baile.

Ella no perdió su sonrisa.

—¿Quién es usted? No parece... ¿Quién le ha traído?

—Tengo piernas. He venido solo. En busca de alguien a quien no veo ni probablemente veré.

—No comprendo.

—¿Por qué no me deja en paz, muñeca? No estoy aquí para divertirme. Estoy para hablar de negocios con el dueño de la casa. Si me dice el nombre de usted y el lugar donde puedo encontrarla, le dedicaré después todo mi tiempo. Pero no ahora, por favor.

—Mi nombre es Florence y éste es precisamente el lugar donde casi siempre puede encontrarme. En cuanto al dueño de la casa, le tiene a dos metros. Es decir, si no se ha confundido y es al señor Harriman a quien se refiere.

Paige giró sobre sus talones con mayor rapidez de lo que hubiera deseado. Un hombre se acercaba a ellos. Era alto, corpulento, aunque no demasiado. Elegante, sobre todo por el aire de distinción que le daban sus sienes grises. Frisaría los cincuenta años y aparentaba el mejor humor. Su despreocupación no le impidió perforar a Bill con la mirada mientras se inclinaba para besar a la joven en la mejilla.

—¿Cómo lo pasas, Florie? —preguntó.

—Muy bien, papá.

A Paige se le revolvió el estómago.

—En buena compañía, según veo... Pero no creo conocer a este muchacho. ¿Forastero en Dakar?

Florence hizo un gesto de sorpresa.

—¿No le conoces? Pues él dice que ha venido en tu busca.

—¿Sí? —inquirió el hombre, con fría amabilidad.

—Sabe de sobra quién soy, Harriman —dijo lentamente Bill—, aunque nunca nos hayamos visto. Mi nombre es William Paige. Lamento aguar su deliciosa fiesta, pero quiero hablar un rato con usted.

La sonrisa de Harriman se enfrió un poco. La muchacha lo notó y escrutó el rostro de Paige con patente curiosidad.

Algunos de los jóvenes ocupantes de la terraza, los más próximos, estaban pendientes de la conversación.

—Así que se llama usted William Paige y quiere hablar conmigo.

—Podemos hacerlo en su despacho, no se preocupe. No es mi

intención corromper los tiernos oídos de su hija. Por cierto, ¿le conoce ella bien?

—Será mejor que me acompañe —replicó Harriman, en tono neutro.

Dio media vuelta y comenzó a alejarse.

—¿Qué festeja usted hoy? —preguntó todavía Paige a la joven.

—Mi cumpleaños.

—¡Magnífico! Le habrán regalado flores. Puede aprovechar algunas para enviármelas al depósito de cadáveres. Si por casualidad no estoy allí, me encontrará en el Hotel de América. En uno u otro caso, empero, es difícil que vuelva a verme por esta casa. Adiós, paloma.

Echó a andar en pos de Harriman. Se volvió una vez para mirar a Florence y la vio inmóvil, rígida, mordiéndose el dorso de la mano. Sus ojos verdes reflejaban una inquietante luz. Componía sobre el fondo de la terraza, con su blusa negra, sus «*shorts*» amarillos y su figura palpitante, la estampa más bella y más viva del mundo.

¡La hija de Lee Harriman!

Paige apretó los puños. Vivir para ver.

El padre de Florence, exprotector de Nina e Ivette, propietario del Club manga, había abierto una puerta y aguardaba en el umbral. En sus labios no quedaba el menor rastro de sonrisa.

—Pase.

La habitación adyacente era una amplia biblioteca. La frescura de su atmósfera denunciaba una buena instalación de aire acondicionado, pero no era para gozar de aquella comodidad por lo que tres negros hercúleos, vestidos ostentosamente, se encontraban allí. Ninguno de los tres, según comprobó Paige, había participado la víspera en la escena del cuarto del hotel, aunque estaban cortados por el mismo patrón que sus protagonistas.

—Vengo en son de paz, Harriman. No es necesario que movilice su ejército de matarifes.

Uno de los negros hizo un gesto y avanzó un paso. Su patrón le detuvo con una seña.

—A ver, hable.

—Me ha traído el deseo de aclarar unas cuantas cosas. Primera, ¿sabe usted quién soy y por qué estoy en Dakar?

—Puedo suponerlo.

—¿Mató usted o hizo matar a Nina Raabe e Ivette Lebrun?

Harriman rió sin la menor alegría.

—¿Espera usted de mí una confesión de asesinato firmada y rubricada?

—Esa confesión, prácticamente, la tengo ya. Es su propia conducta. Por lo menos, así piensa el inspector Pasquín.

—¿De veras? ¿Y qué piensa usted?

—Los dos asesinatos me tienen sin cuidado, salvo en caso de que se relacionen con mis pesquisas. Y el único objeto de éstas es, como usted sabe, un contrabando de armas.

Harriman enderezó bruscamente la cabeza.

—¿Qué demonio...? ¿Ha dicho un contrabando de armas?

—¿Acaso le sorprende?

Si no sorpresa, el hombre denotaba perplejidad.

—Pero ¿qué contrabando? ¡Oh! ¿Se refiere a esa historia del oasis de Zuzun?

—¿Sabe de otra?

Hubo un silencio.

—Es usted un cerdo mentiroso, Paige. ¡Un condenado cerdo mentiroso! —exclamó Harriman, sin alzar la voz—. ¿De modo que es eso lo que pretenden colgarme? ¿De eso se van a valer? ¡Muy bien! Si ha sido lo bastante ingenuo como para mostrarme sus cartas, yo le demostraré de ahora en adelante cómo me defiendo. ¡Dice que mi conducta es una confesión de asesinato! Mire, estoy en situación de reírme del inspector Pasquín y de un centenar de inspectores de su calibre, y tengo tanto derecho a moverme a mis anchas en Dakar como lo tenga usted. Así que, ¡apártese de mi camino! ¡Sus añagazas no sirven, entérese!

—Desbarra usted, Harriman.

—¿Ah, sí? Esto no es Nueva York, ni Chicago, ni Los Ángeles. Intente algo contra mí. ¡Atrévase! Aquí lucharemos los dos en el mismo terreno, y le aseguro que no tardará en comprobar quién es el más fuerte.

—Usted no, por supuesto. No es fuerte quien tiene tan a la vista —Paige, con el pulgar y por encima del hombro, señaló en dirección a la terraza—, su punto vulnerable.

La alusión a su hija hizo enrojecer a Harriman. En una fracción

de segundo perdió todo su aplomo.

—¡Ocúpate de él, Theo! —ordenó.

El negro que antes se había movido reanudó su avance y tendió hacia Paige las manos, que el americano esquivó.

—¡Dígale que no me toque! ¿Quiere arruinarle la fiesta a su hija y escandalizar a sus invitados? ¿No vio el estado en que dejé anoche a su amigo Fierre?

—¡Agárrale! —insistió Harriman, fuera de sí.

Las zarpas del negro se posaron en los hombros de Paige, evidentemente buscando su garganta. El americano disparó el puño izquierdo con todas sus fuerzas acertó de lleno en el plexo solar al senegalés. Enseguida, cuando éste se doblaba resollando, le incrustó el derecho en el mentón. Creyó que se le rompían los nudillos.

No obstante, el coloso de ébano no perdió del todo el sentido. Conservó el suficiente para sacar del bolsillo de sus pantalones, mientras caía al suelo, una negra pistola automática. Paige saltó inmediatamente sobre él.

En aquel momento se abrió la puerta para dar paso a Florence. La sorpresa de hallar a su padre congestionado de furia, al negro arrodillado y a los otros dos en actitud de empuñar sendas armas, la dejó parada, en el umbral. Los dos pistoleros titubearon al ver aparecer a la hija de su jefe. Éste, desesperado, gritó:

—¡Quietos!

Paige arrancó la automática de manos de su víctima y se enderezó.

Por un instante reinó en la biblioteca un silencio opresivo.

—¿Puedo hacer algo por usted, Lee? —preguntó alguien.

El americano volvió lentamente la cabeza. Un hombre había entrado en pos de Florence y se encontraba ahora junto a ella. La muchacha, a impulsos del asombro y del horror, se asía a la manga de su chaqueta con crispados y temblorosos dedos. El hombre aparentaba veinticinco años, era alto, enjuto, de rasgos acusados, rubio, y se mostraba sereno y cortés. Vestía un traje blanco de corte y pulcritud impecables.

Harriman hizo un esfuerzo por dominarse.

—No tiene importancia. Exceso... de temperamento. Vamos, muchachos, calma. Señor Paige, le agradeceré que se marche de aquí.

Paige rió sordamente. Arrojó la pistola a la cabeza del negro arrodillado, que se derrumbó sin un gemido. Nadie hizo ni dijo nada, salvo Florence, de cuyos labios brotó un entrecortado murmullo.

—Soy duro de pelar, Harriman, convénzase.

El americano, pasando por detrás de la joven y el desconocido, retrocedió hacia la puerta. El rubio lanzó a Harriman una larga y escrutadora mirada. Luego desprendió de su brazo las manos de Florence y retrocedió también.

—Discúlpeme...

Paige se detuvo para hacerle frente.

—¿Qué quiere?

—No pretendo meterme en lo que no me importa.

Sin embargo, conozco bien al señor Harriman... Adivino que hay algo grave entre ustedes. Si puedo actuar de mediador, no vacile en recurrir a mí. Me llamo Fabre, Georges Fabre. Mi oficina...

—No sea iluso —le interrumpió Paige.

Fabre se encogió de hombros.

—Procure no serlo usted. Reitero mi oferta. Y yo no me rodeo de guardaespaldas negros.

Sin replicar, Paige reanudó su avance, atravesó el vestíbulo y salió al jardín. Momentos después se alejaba en su coche por la avenida Bakeloló.

Sus nervios estaban todavía tensos cuando, desde un bar del comienzo de la avenida, llamó por teléfono, al capitán Bowie.

—No, el informe no ha llegado aún —le dijo éste—. Tenga un poco de paciencia.

—Jamás la tendré, y menos ahora. Mi interés por los antecedentes de Harriman se ha multiplicado desde la pasada madrugada. ¡Oh! Otra cosa, Bowie. Su labor aquí le habrá puesto en frecuente contacto con el coronel Legrange, ¿no?

—Ujú.

—¿Qué grado de colaboración ha obtenido de él?

—Completa.

—¿Sin reservas?

—Nunca. ¿Por qué?

—Usted dio, antes de mi llegada, algunos pasos en relación con el incidente de Zuzun. ¿Qué hizo Legrange?

—Como hacer, no hizo nada. Estaba en las nubes, supongo que sigue en ellas. La circunstancia de que mis armas fueran americanas escoció a muchos franceses pero el coronel no cae en semejantes tonterías.

—¿Le gustan las mujeres?

—¡Ah, eso por supuesto! Tanto como a mí. Desdichadamente, los atractivos de Dakar son limitados.

—Sobre todo después de la muerte de Nina Raabe e Ivette Lebrun.

—No bromeo acerca de eso, Paige. Es realmente doloroso. No comprendo cómo ha podido ocurrir...

—Quizá Legrange si lo comprenda. Dicen que últimamente estaba muy ligado a Nina. Y da la casualidad de que Nina sabía de mí de mi misión en Dakar y de mis movimientos cosas sorprendentes. Da la casualidad de que ayer tarde me visitó para comunicarme que cierta persona estaba muy bien informada respecto al contrabando de armas... Tal persona, querido Bowie, era Ivette Lebrun.

—¡Cómo! ¡Repítalo, por favor!

Paige lo repitió.

—¿Qué le parece?

—¡Increíble!

—Veremos lo que opina el propio Legrange. Voy ahora a hacerle una visita. Volveré a llamarle más tarde.

—Paige.

—¿Qué?

—No nos conviene indisponernos con las autoridades francesas, ni tampoco con un personaje tan influyente como el coronel.

—Descuide, iré con pies de plomo.

Antes de abandonar el bar, Paige se bebió un *whisky* doblé. Lo necesitaba para alejar de su mente la imagen de una figura femenina, «*shorts*» amarillos, blusa negra, turbadoras piernas desnudas, envuelta en un halo de inquietante magnetismo vital.

CAPÍTULO VIII

Dos ordenanzas negros montaban guardia en la antesala del despacho del coronel Legrange. Dentro del despacho, incómodo, anticuado, zumbaba un ventilador.

Legrange parecía muy cansado. Tenía bolsas bajo los ojos y le colgaba pronunciadamente el labio inferior, lo que le daba una expresión ausente, un poco estúpida.

Paige dijo:

—Lo más doloroso de casos como el suyo es que uno no tiene legalmente derecho ni a una palabra de consuelo o simpatía. Permítame, sin embargo, expresarle mi pesar.

La turbia mirada del coronel adquirió de pronto brillo y dureza.

—¿De qué me está hablando?

—De Nina Raabe.

—¿Quién le ha dicho...?

—Esas cosas nunca son un secreto.

Legrange, que se había puesto en pie para recibir al americano, salió de detrás de su escritorio. Dio unos pasos sin rumbo, se detuvo ante la ventana y se colocó de cara al exterior, como si algo que sucedía fuera atraía su interés. Pero sus manos, que, cruzadas a la espalda continuaban a la vista de Paige, se abrían y cerraban nerviosamente. Al cabo de un momento, dije:

—Agradezco su condolencia. Y agradeceré también que no me hable más de este asunto.

Con la mirada fija en aquellas manos, el americano encendió un cigarrillo.

—No tengo otro remedio que hablarle, coronel.

—Pero...

—Lo siento. El motivo no es que me encuentre circunstancialmente envuelto en los dos asesinatos. Reconozco que esto no le incumbe a usted. Sí le incumbe, empero, la manera como

he llegado a verme envuelto en ellos.

Legrange se volvió. Tenía la cara de color gris.

—Explíquese.

—Con mucho gusto. A última hora de la tarde de ayer acudió Nina Raabe a visitarme en mi habitación del hotel. Sabía todo lo concerniente a mí: quién soy, por qué vine a Dakar, así como los pasos que había dado desde mi llegada. Me ofreció desinteresadamente su ayuda para esclarecer el misterio del convoy de Zuzun. ¿Desinteresadamente? Bueno, en realidad dijo que sus informes se los pagarían «en otra ventanilla»... Tales informes se redujeron a enviarme a Ivette Lebrun, con la afirmación de que ella conocía los datos que a mí me interesaban. Fui a casa de Ivette, en efecto. Allí yacían muertas las dos.

El coronel se estremeció.

—¿Y qué, señor Palee?

—Le hablaré claro. El asesinato de esas mujeres altera por completo la situación, sea cual fuere, que pudo haberse producido entre el momento de mi llegada a Dakar y ayer noche. Ante todo, necesito saber si la visita de Nina a mi habitación se hizo con el conocimiento de usted. Es más, si se hizo por orden suya. ¿Nos comprendemos, coronel? Nina pudo ser el instrumento de que usted se valió para facilitar extraoficialmente mis pesquisas, o también para entorpecerlas, de una manera que oficialmente le estaba vedada.

—No tiene usted pelos en la lengua —murmuró Legrange, sombrío.

—No.

—Perfectamente. Sepa, pues, que yo ignoraba esa risita, y, por supuesto, no la ordené. Soy ajeno a ella en absoluto.

Paige avanzó un paso hacia el francés. Expelió vigorosamente por la nariz el humo de su cigarrillo.

—Debo inferir, entonces, que Nina le sonsacó a usted todo lo referente a mí, y luego obró por propia iniciativa. La hipótesis no dice mucho en favor de su discreción.

—Usted no conoce la naturaleza exacta de mis relaciones con la señorita Raabe.

—Ciertamente que no —replicó Bill, con suave sonrisa.

—Ni está en condiciones de opinar acerca de mi discreción. Yo

realizo mi trabajo como me parece, señor Paige, y hablo de lo que quiero con quien se me antoja.

El americano se encogió de hombros y extendió las manos con las palmas hacia arriba.

—Si ha de tomarlo así más vale que no continuemos. Pero ello no quita que Nina Raabe e Ivette Lebrun hayan muerto por culpa suya. Lo único que yo esperaba concretar en esta entrevista era si, además, habían muerto por un motivo dependiente de mi investigación. No lo he logrado, pero tampoco he perdido el tiempo. Sabré, en el futuro, a qué atenerme con respecto a usted, como persona y como funcionario. Plasta la vista, coronel.

Se dirigió hacia la puerta.

—¡Aguarde! —exclamó Legrange, con voz velada.

—¿Aguardar qué?

—¿Qué le han contado de Nina Raabe y de mí?

—En pocas palabras, que tomó usted el relevo de Lee Harriman.

—Falso.

—¡Coronel!

—¡Es usted un perfecto imbécil, señor Paige! ¿Por qué se figura que desempeño un cargo de tanta trascendencia hoy día como el de jefe de la Inteligencia Militar francesa en el Senegal? ¿Acaso porque mi corazón de viejo verde se inflama a la vista de la primera mujer hermosa?

—No he dicho tanto.

—Muy bien, puesto que insiste en hablar de este asunto, ¡hablemos! ¡Siéntese y escuche! Nina Raabe era una desdichada, ávida de dinero, envenenada por el despecho y el rencor... Harriman, justo es reconocerlo también, se había portado cochinemente con ella, y Nina se disponía a regresar a Francia cuando ocurrió lo del oasis de Zuzun y circuló el rumor, fundado, de que el convoy de armas capturado procedía de aquí, de Dakar. Esa mujer vino entonces a decirme que el organizador del contrabando no era otro que Harriman, que no tenía pruebas, pero si le pagaba su trabajo, me las conseguiría en el plazo aproximado de una semana. Pensé, por una parte, que era su afán de venganza lo que le sugería aquella idea. Por otra, que Harriman era, efectivamente, el personaje indicado para dirigir aquel negocio. Nina me contó muchas cosas de él, unas que yo ya sabía, otras que

ignoraba. Me dio detalles de lo que es evidente: que Harriman gobierna un pequeño imperio de elásticas fronteras y se ha rodeado de una guardia personal reclutada entre exlegionarios y excombatientes de las unidades senegalesas de nuestro Ejército, gente aficionada a las armas, abundante en Dakar y en París, difícil de asimilar por la sociedad y que suele vivir al margen del delito. ¿No llaman a esto un *racket* en América?

—No exactamente a esto —replicó Paige. Arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie—. Concreto, por favor. ¿Aceptó usted la oferta de Nina?

—Sí, pagué su trabajo, y lo pagué bien.

—¿Dio resultado?

Legrange regresó a su asiento detrás de la mesa y se dejó caer en él con un suspiro.

—No lo sé, pero de lo que usted me ha dicho deduzco que sí. Nina debía rendirme cuentas anoche. Anoche... Al parecer, y por una razón que ignoro, decidió inopinadamente introducirle a usted en el asunto. Anoche, señor Paige.

—¿Usted le había hablado de mí?

—Sí, ya se lo dije antes.

—Y a mí, ¿por qué no me habló de ella y de Harriman?

—¿Con que objeto? El asunto era de mi exclusiva incumbencia, y el dinero se le pagaba a Nina de nuestros fondos bajo mi única responsabilidad. ¿Qué podía usted hacer con respecto a Harriman, sino estorbar el desarrollo de mis planes? ¿O le parece que debía obsequiarle gentilmente con el fruto de unas pesquisas dirigidas y subvencionadas por mí?

—¿Puntillo profesional, coronel?

—No sea ridículo. Nina había anunciado que su tarea terminaría de un momento a otro. De lo que seguiría, yo estaba dispuesto a desentenderme. Usted, como compatriota suyo, se ocuparía de Harriman. En mi lugar, ¿hubiera hecho otra cosa?

Paige, pensativo, movió negativamente la cabeza. Tras un instante de reflexión, dijo:

—Supongamos, y trato de serle franco, que cuánto me ha contado es la verdad completa, que su puntillo profesional no le induce otra vez a decirme medias verdades. Hemos llegado al punto clave. ¿Por qué Nina anoche vino a mí con su oferta? Sobre todo,

¿por qué en lugar de acusar a Harriman de organizar el contrabando como lo había hecho ante usted, me envió al encuentro de Ivette Lebrun? ¿Por qué este procedimiento indirecto?

Legrange chasqueó los dedos.

—¿Qué pasaría si Nina hubiera descubierto que no era Harriman, sino Ivette, quien había organizado el contrabando?

—¿Eso le parece posible?

—Es una idea.

—Ideas sobran. Pero creo que en la respuesta exacta a las dos cuestiones, por qué Nina acudió a mí y por qué me, envió a Ivette en lugar de a Harriman, está la solución del asesinato de ambas mujeres y acaso la clave del negocio de armas. ¿Puede usted investigar en esta dirección?

—Como poder, naturalmente que puedo...

—Lo dudo, coronel. En Dakar viven unos pocos miles de personas y su puerto tiene un movimiento limitado, pese a lo cual un cargamento de varias toneladas; de armas ha pasado ante sus narices, y quién sabe los que pasaron anteriormente sin ser interceptados. ¡Cualquiera se fía de sus investigaciones en estas circunstancias!

—Las armas eran norteamericanas —replicó ásperamente el coronel—, y todavía esperamos que el Gobierno de los Estados Unidos nos explique cómo y por quien fueron consignadas a los rebeldes de Argelia. ¡Cualquiera se fía de ustedes, señor Paige!

Paige rió con amargura.

—Muy bien, estamos empatados. Seguiré dando palos de ciego y quizá acierte un pleno por casualidad. Hasta pronto.

Saludó con un ademán, y antes de que Legrange respondiera, abandonó el despacho y descendió a la calle.

Había un «403» de color gris estacionado bajo las copudas acacias de Guinea. El inspector Pasquín ocupaba el asiento trasero.

—¡Señor Paige! —llamó.

El chofer, un guardia negro uniformado, abrió la portezuela como invitando al americano a montar en el coche. Paige no montó.

—¿Qué se le ofrece?

—Suba —dijo Pasquín. Tenía cara de haber pasado mala noche —. Quiero enseñarle algo.

—¿Ha de ser ahora?

—Sí. Estoy esperándole casi desde que entró a ver al coronel. He preferido no interrumpir su conversación.

Paige subió al coche y se sentó a su lado.

—¿Cómo sabía dónde encontrarme?

—En marcha —ordenó el inspector al chofer. Luego miró al americano a los ojos—. Lo sé en cualquier momento. Mis hombres le vigilan estrechamente.

—¡Qué pérdida de tiempo! —exclamó el americano, con sarcasmo—. ¡Qué desperdicio de energías!

—Quizá —murmuró Pasquín.

El chofer tomó un viraje con la velocidad y la negligencia suicidas características de los conductores de color.

—¿A dónde vamos?

El inspector señaló un feo y pomposo edificio, y casi inmediatamente el coche se detuvo ante sus puertas. Era el Palacio de Justicia.

—Sígame, señor Paige.

La atmósfera interior era densa y calurosa, pero no así la de la dependencia a que Pasquín condujo a su acompañante. El aire, helado, olía allí intensamente a formol. Nueve mesas —las mesas características de un depósito de cadáveres—, estaban dispuestas en tres filas de a tres, pero sólo una se hallaba ocupada por una forma humana cubierta por un lienzo.

Paige se preguntó con sobresalto a quién pertenecería aquella forma. Lo supo enseguida.

—¿Qué me dice? —inquirió el inspector, retirando el lienzo.

Sobre la mesa yacía el cadáver del pianista Lessu.



Sobre la mesa, yacía el cadáver del pianista Lessu...

DAKAR

—Francamente, no lo esperaba.

—No, ¿eh?

—¿Cree usted lo contrario?

Pasquin murmuró un juramento.

—Yo no creo nada, señor Paige. Pero sospecho que Lessu estaba

en estrechas relaciones con usted. Más estrechas de lo que sería lógico después de su breve visita al Club Ulanga. Sé que acudió en su busca al Hotel de América. Sé que usted le ha llamado esta madrugada por teléfono...

—Sin encontrarle.

—Ha hablado con su patrona, la señora Amyot... —asintió el inspector—. En aquellos momentos, si los matasanos no se equivocan, Lessu ya era fiambre. ¿Tendría inconveniente en decirme lo que había entre usted y él?

Paige se inclinó para examinar el rostro del pianista muerto. Lessu parecía sonreír. Nada quedaba ya de aquel hastío infinito que cada noche procuraba en vano ahogar en ajenjo. Se había disuelto para siempre con el machetazo que le destrozó la garganta.

—Una mentira —dijo el americano, lentamente—. Lo único que había entre nosotros era una mentira. Para sonsacarle acerca de Ivette, fingí que pretendía contratarlos a ambos para la TV de Nueva York. Ahora me alegro de haber introducido una última ilusión en la vida de ese desdichado.

—¿O sea, que Lessu creyó su mentira?

—¿Por qué no? Vino a mi hotel de madrugada, y al no encontrarme, dejó recado de que le llamara. Probablemente quería saber si Ivette había aceptado mi oferta.

Los duros ojos del inspector brillaban como ascuas.

—Imposible. He confrontado las horas. Cuando Lessu fue a su hotel había ya hablado conmigo y sabía que Ivette y Nina estaban muertas.

Paige se mordió los labios.

—¡Maldición! Olvidé completamente que usted había mencionado eso.

—El olvido hace que su historia no cuele de ninguna manera, señor Paige. Lessu, efectivamente, habló conmigo, se enteró de la muerte de Ivette. ¿Y cuál fue su reacción? ¡Correr al encuentro de usted! ¿Por qué?

—Si usted le dijo que yo había descubierto el doble crimen, querría conocer más detalles.

—¿Sí? Entonces, ¿por qué le han matado? ¿Por qué le mataron antes de que regresara a su casa? En el trayecto que debía cubrir hay un vasto descampado que flanquea la calle del Diez de agosto,

una calle solitaria, muy mal alumbrada y todavía sin edificar. En ese descampado, a cincuenta metros de la calle, ha sido encontrado su cuerpo. Permítame repetir la pregunta, señor Paige: ¿qué había entre usted y Lessu?

Bill reflexionaba con el entrecejo fruncido. Sabía que Pasquín, en el fondo, tenía razón. Había algo entre él y Lessu, tenía que haberlo. Pero era algo que él mismo ignoraba.

—¿Le dijo usted quién era yo? ¿Le habló de mi misión en Dakar? Los ojos del policía eran ahora dos bolas de acero sin expresión.

—No directamente.

—¿Qué significa «no directamente»?

—Le interrogué acerca de usted, y cuando se refirió a ese contrato en la TV americana, me reí en sus narices. Él pudo deducir de mis palabras cuál es realmente su trabajo. Pero con esas preguntas, señor Paige, no pretende usted sino escurrir el bulto. La mía sigue sin respuesta.

—No la tiene. Y le juro que daría la paga de un mes por conocerla.

Pasquín se encogió desdeñosamente de hombros y volvió a extender el lienzo por encima del cadáver.

—Muy bien. Vámonos. Hablar con usted sí es perder tiempo y desperdiciar energías.

Iban camino de la calle cuando Paige preguntó, con suavidad:

—¿Por qué no le resulta a usted simpático el coronel Legrange?

El inspector le lanzó una rápida mirada. Titubeó.

—Porque es un fantoche, una de esas figuras de virrey colonial llenas de aire que el día que uno las pincha no queda de ellas nada. Pero esto a usted no le incumbe.

—Se equivoca. Usted le colgó al coronel el sambenito de haber tomado el relevo de Harriman en la protección de Nina Raabe.

—Y es cierto.

—No lo es. Legrange estaba utilizando a Nina, simplemente, para procurarse pruebas de que era Harriman quién había organizado el contrabando de armas.

Ya en la acera, frente a su coche. Pasquín se detuvo, enderezó la cabeza y sonrió con satisfacción.

—Celebro haberme engañado. ¿De modo que Nina le pisaba a Harriman la cola? Concedo, en honor del coronel, que la idea de

servirse de esa mujer era buena. Harriman, señor Paige, le guste a usted o no, va muy pronto a pasarlas moradas.

—Temo que sí.

—Por si acaso, frecuente usted su casa lo menos posible. Sospecho que esta mañana no ha recibido allí una acogida del todo cordial.

—¿Sabe que le he visitado?

—Yo lo sé todo, señor Superman, pero no alardeo de ello como usted. —El inspector señaló el coche—. ¿Le llevo a alguna parte?

Paige consultó su reloj.

—Prefiero ir andando, gracias.

Permaneció inmóvil en la acera, pensativo, hasta que el vehículo desapareció. Luego tomó el camino del hotel. Cuatrocientos metros después, en el Café Atlántico, se detuvo.

Desde el café llamó por teléfono al capitán Bowie.

—Tranquilícese, el informe ha llegado —le dijo éste—. Bocado sustancioso. ¿Viene usted por aquí, o prefiere que se lo remita al hotel?

—Remítalo. Pero anticiépeme ahora lo más destacado.

—Un momento. —Hubo una pausa—. ¿Me escucha, Paige?

—Adelante.

—Harriman tiene en nuestro país un largo historial. Ha sido procesado varias veces en California, Illinois y Missouri, y condenado una, en Illinois, cuando era joven, época de la Ley Seca, a cinco años de cárcel, que le fueron reducidos por buena conducta. Luego ya no ha sido posible probarle nada. Sin embargo, últimamente dirigía desde San Luis, en sociedad con Mike Schiaffino, una vasta organización de vicio y trata de blancas contra la que el

F. B. I.,

había emprendido la lucha con uñas y dientes. Estaba ya casi cercado cuando de la noche a la mañana, parece que él y Schiaffino disputaron y éste fue hallado convertido en puré por el estallido de una granada. Se supone que Harriman liquidó rápidamente el negocio, y a continuación se desvaneció como el humo.

—¿Se le acusó del asesinato de Schiaffino?

—¡Oh, no! Fue citado como testigo, pero no compareció. En opinión del

F. B. I.,

su partida obedeció menos a temor a la Ley que al miedo a una venganza de la camarilla de su difunto socio.

—Ya veo —murmuró Bill.

—Todo esto tendrá para usted alguna utilidad, ¿no?

—Lo dudo. Me ayuda a comprender a Harriman, y, en parte, a explicar su actitud, pero no sé que se relacione con lo que aquí está pasando.

—¡Lee Harriman es un peligroso criminal, un famoso caíd del vicio!

—Bueno, ¿y qué?

—En fin, Paige, allá, usted. —El tono del capitán Bowie denotaba perplejidad—. ¿Quiere algo más de mí?

—¿Harriman tiene en su actual negocio socios o colaboradores americanos?

—No, que yo sepa.

—Pues eso es todo por ahora. No se preocupe, que habrá ocasión, desgraciadamente, de que vuelva a molestarle. Gracias.

Bill colgó el teléfono.

Ceñudo, se bebió un *whisky* antes de abandonar el café. Lo hizo en memoria de Lessu y de su sempiterno ajeno: un recuerdo que le estorbaba en el fondo del alma.

No podía ser mera coincidencia, pese a lo que él mismo había afirmado ante Pasquín la madrugada anterior. No podía ser resultado de una intriga subterránea ajena a su persona. Los últimos pasos que el pianista había dado antes de morir indicaban que su asesinato y el de Nina Raabe, y el de Ivette Lebrun, eran consecuencia directa de sus pesquisas, de su presencia en Dakar.

De qué manera, o en qué sentido, esto lo ignoraba. Pero los tres infelices habían muerto por su culpa, y era forzoso echar un trago si uno se paraba a pensar en ello.

CAPÍTULO IX

Separados entre sí por cuarenta o cincuenta metros, pero estacionados ambos ante la fachada del Hotel de América, había dos coches magníficos. Uno era un «Buick» blanco y verde pálido; el otro, un dos plazas «Mercedes» descapotable, que tenía, probablemente, como defensa contra el sol, la capota echada.

De los dos, el «Mercedes» fue el primero que Bill Paige encontró cuando caminaba en dirección al hotel. Y en el momento en que pasaba por su lado, una mano salió por la ventanilla y le asió la manga de la chaqueta. El americano dio un respingo de asombro, se inclinó, y vio la cara de Florence Harriman. Los ojos de ella eran tan grandes y tan verdes como antes, pero en su rostro faltaban la alegría y despreocupación que lo habían iluminado en el instante en que Bill la conoció. Sus señas le indicaban ahora, en silencio, que se sentara a su lado y empuñase el volante de la máquina.

Él abrió la portezuela y lo hizo.

—¡Vámonos, pronto! ¡Conduzca usted! Yo estoy... tan nerviosa.

Mirándola de reojo, Paige puso el coche en marcha, lo apartó de la acera y avanzó calle abajo. El espejo retrovisor reflejó inmediatamente el movimiento de un enorme objeto blanco y verde. El «Buick». No se les distinguía con precisión, pero había varios hombres dentro.

—Pudo haberme llamado por teléfono, ¿no cree? ¿O era imprescindible que viniera a esperarme?

—¡Pero si le he llamado! —exclamó ella ansiosamente—. ¡Si llevo media hora llamándole y siempre me han dicho que no estaba, que seguramente no almorzaría en el hotel, que no le habían visto! Necesitaba hablarle urgentemente, señor Paige, y he venido dispuesta a esperar aunque fuese todo el día.

—Está bien, tranquilícese. —El coche blanco y verde marchaba detrás del «Mercedes», constantemente a la misma distancia—.

¿Quiere que vayamos a alguna parte?

—Me da igual.

Paige puso rumbo a la salida de la ciudad. No pudo reprimir una sonrisa al pensar que sin duda era aquello lo que sus seguidores deseaban. Pero ¿qué podía ocurrir?

—Hable, paloma, hable cuánto guste... Únicamente le pido que ahorre saliva en las preguntas. No le diré nada de lo que quiere saber.

Florence se volvió para mirar atrás.

—¿Se ha dado cuenta de que nos siguen?

—Sí, ¿y qué? No hay peligro. Son, simplemente, amigos de su papá.

—De ellos deseaba hablarle, sin embargo. Advertirle que andan en busca de usted.

Paige escrutó las luminosas pupilas verdes. No parecían mentir. No parecían siquiera capaces de hacerlo.

Florence era, a pesar de ello, hija de Harriman.

—Bien, ya me he enterado. ¿Para qué me buscan?

—Eso... no lo sé.

—¡Qué curioso! ¿Acaso los empleados de su papá no conocen este coche? ¿Ignoran que es usted quien lo tripula?

Súbitamente, la muchacha se cubrió el rostro con las manos.

—¡Oh, Dios! —gimió—. ¿Por qué seré tan tonta? Es usted un hombre odioso, pagado de sí mismo, ¡insoportable! Y con todo...

—¿Qué?

—Mi conciencia me obliga a intervenir en esto. Presiento que algo horrible va a pasar. Usted y mi padre son enemigos, como... como nunca creí que nadie fuera enemigo de nadie. ¡Pero no consentiré que se hagan daño uno a otro! ¡No lo consentiré!

Bill rió sordamente.

—Lo que yo presiento es que su noble rasgo de generosidad encubre una realidad mucho más concreta. Sea sincera, y dígame: ¿le ha dado su padre un encargo para mí? ¿O la ha aleccionado para que me sonsaque?

Florence no contestó.

Las últimas chozas del barrio indígena, los malolientes y ruidosos suburbios de la gente de color quedaron atrás. El espejo retrovisor continuaba reflejando la imagen del «Buick» blanco y

verde.

El rostro de la joven había adquirido una expresión hermética. Paige la examinó con interés, pensando vagamente en la enorme distancia espiritual que le separaba de aquella espléndida mujer situada físicamente tan cerca. Florence había trocado la blusa negra y los «shorts» por un fourreau rojo que realzaba de manera inquietante las líneas de su figura. Lucía en el pecho un exótico dije dahomeyano y calzaba zapatos de altos y estrechos tacones.

Sí, espléndida. ¿Y qué más? Paige se mordió el labio inferior. Le hubiera gustado desnudar el alma de aquella criatura, volverla del revés y mirar dentro para ver si había o no había lo que él temía que hubiese. Pero ¿qué era peor? ¿Una charca de podredumbre, o un manantial de candidez y pureza?

Florence rompió el silencio para decir:

—Despiste a los de atrás y lléveme a un lugar donde podamos hablar con calma. Dentro de poco encontrará a la derecha la carretera de Babamaño. Tómela y corra.

La idea agradó a Bill. Momentos después, cuando encontró el desvío aludido, asió con más fuerza el volante y apretó el acelerador a fondo. El formidable motor del «Mercedes» respondió con una sensibilidad casi de sistema nervioso humano. El coche saltó disparado por una carretera nueva, dura, amplia, pero sinuosa y que no tardó en ascender e internarse entre las selváticas colinas que por el sudeste dominaban Dakar.

La aguja del velocímetro avanzó sin interrupción en su cuadrante: más, más, más... El «Buick», potente, pero no un modelo deportivo ni de privilegiada reprise, perdió mucho terreno en pocos segundos. Luego, la pérdida disminuyó. No tardó en hacerse casi imperceptible. Debía de haber, pensó Bill, un buen piloto al volante, y la carrera dependía precisamente de la habilidad de los conductores, pues el trazado de la pista, sin largas rectas, restaba importancia a la velocidad pura.

Fue entonces, al prestar atención a la marcha del bólido blanco y verde que trepaba a las colinas en pos de él, cuando Paige descubrió que un tercer coche trepaba en pos de ambos. Semejaba, entre el verde de la vegetación, sobre el gris del asfalto, una pequeña bala roja. Saltaba a la vista que la distancia que lo separaba del «Buick» decrecía rápidamente.

—Mire allá, paloma.

Florence vio el coche rojo y sus ojos lanzaron un destello.

—Es Geo —murmuró.

—¿Geo?

—Georges Fabre. Usted le ha conocido este mediodía en casa.

—¿El Don Quijote del traje blanco?

—Sí.

—¿Qué se le ha perdido a él en esto? ¿Desde cuándo nos sigue?

—No lo sé. —La muchacha se colocó de costado en el asiento para mejor observar los dos vehículos—. No sabía que nos siguiera. Pero creo que si algo se le ha perdido... soy yo.

—¿Por qué?

Hubo un breve silencio.

—Geo es mi prometido —dijo Florence, con suavidad.

Más allá de un puerto entre dos cumbres, la carretera descendía a un valle y se remansaba junto a un gran lago oblongo rodeado de espesas masas de helechos. No se advertía en cuanto alcanzaba la vista el menor rastro de presencia humana. La pista gris era un contrasentido en medio de aquel cuadro de naturaleza salvaje.

Abajo, en el valle, Paige detuvo el coche y lo arrimó a un costado de la carretera.

—¿Qué hace usted? —exclamó la muchacha.

Él se recostó en el asiento, sacó un cigarrillo y procedió a encenderlo calmamente.

—Siento curiosidad por saber lo que ocurrirá ahora.

—Pero esos hombres...

—¿Esos hombres qué, muñeca?

Antes de que Florence contestara, el «Buick» apareció en la última curva. Su conductor, sin duda sorprendido por la proximidad del vehículo que perseguía, le hizo describir una pronunciada e innecesaria ése. Chirriaron los frenos. El coche pasó de largo y se detuvo unos metros más allá.

En el mismo instante surgió de la curva el coche rojo. Fabre, si era él quien manejaba el volante, redujo la velocidad con perfecto dominio y se colocó entre el «Mercedes» y el «Buick». Los ocupantes de éste se apeaban ya. Paige rió que el francés —inconfundible: alto, rubio, impecablemente vestido—, saltaba del pequeño bolido, y con las manos en los bolsillos y aire negligente, se interponía en el

camino de los cuatro hombres, un blanco y tres negros, que avanzaban en su dirección.

No ocurrió, empero, nada de particular. Sin abandonar su actitud negligente, Fabre cambió con los cuatro hombres unas palabras a media voz. Los hombres asintieron con la mayor calma. Dos de ellos se encogieron de hombros, y los cuatro regresaron al «Buick». El francés no se movió de donde estaba hasta que el coche reemprendió la marcha, dio la vuelta y partió en dirección a la ciudad. Paige observó que, al pasar, uno de los negros le saludaba sonriendo y agitando burlonamente la mano.

Florence dejó escapar un suspiro.

—¿Quiénes eran esos cuatro? —preguntó secamente.

—No sé... No conozco sus nombres.

—¿Empleados de papá?

—Creo haberlos visto alguna vez.

—¡Lo cree!

Fabre se acercaba. Cuando estuvo junto al «Mercedes», apoyó una mano sobre la capota y se inclinó para mirar por la ventanilla. Su rostro tenía una expresión grave, pero también irónica.

—Juega usted con fuego, señor Paige —dijo. Y añadió, aunque sin mirar a la muchacha—: Hola, Florie.

—¿Cómo ha sido que nos siguieras? —exclamó ella.

—Pura casualidad. He visto pasar tu coche por la plaza de Vimory, y luego el «Buick». He visto quién iba contigo, he supuesto lo que podía ocurrir...

—¿Qué podía ocurrir? —interrumpió Paige.

Fabre frunció el entrecejo. Se humedeció los labios con la lengua.

—Su táctica es equivocada, amigo. Si pretende combatir a Harriman atacándole por el lado débil, aprovechándose del cariño que siente por su hija, no tardará en arrepentirse del error. No siempre estaré yo a mano para evitar el estropicio.

—¿Usted? —El americano soltó la carcajada—. ¿Qué argumento de folletín ha imaginado? ¿Acaso se figura que he secuestrado a esta paloma para utilizarla como rehén contra su padre?

Florence rió cubriéndose la boca con la mano.

—¡Geo, qué tontería! ¡Soy yo quien ha invitado al señor Paige a dar un paseo!

—Bien. ¿Con qué propósito?

—Con el de conocerle mejor.

—¿No sabes que tu padre...?

—He visto este mediodía lo mismo que tú.

Había una nota de desafío en el tono de la joven. Paige la miró enarcando las cejas, y luego dijo al francés:

—Paige, es usted como un personaje de cuento de hadas. Sin embargo, habrá de pedir a Harriman no a mí, que agradezca sus desinteresados y caballerescos servicios. No, soy yo, sino él, quien juega con fuego. Usted ha presenciado, ¿no es así?, el final de la escena desarrollada en la biblioteca de su casa. Tres, pistoleros negros contra mí. ¿Y qué ha pasado? Pero anoche hubo otra escena mejor aún. Los pistoleros eran cinco. Si dispone de un rato libre, busque a un zángano llamado Pierre y examine el estado en que quedó después de haberseme acercado demasiado. No sabe usted el favor que ha hecho a esos cuatro desdichados del «Buick» impidiéndoles llevar sus peligrosos planes a la práctica.

—Es usted el mayor fanfarrón que he conocido —dijo Fabre, asombrado.

—¿Sí? Ignoraba que se llamase fanfarronada al rigor histórico.

—Paige sacudió la mano—. Vamos, muchacho, ahueque. Déjenos en paz.

Fabre entornó los ojos. Titubeó.

—No, no me marcharé sin usted —dijo al fin—. Será mejor que Florie vuelva sola a casa. Usted vendrá conmigo en mi coche.

—¡Ni hablar!

Fabre no perdió la paciencia.

—Florie, dile que se apee. Le hayas o no invitado a dar un paseo, es una locura. No puedo consentir.

—No te pongas pesado —replicó fríamente la muchacha—. Haz lo que te mandan: ¡lárgate!

—¡Florie! ¿Has olvidado que eres mi prometida?

—Lo he olvidado completamente, y te aseguro que olvidarlo resulta un alivio. Adiós, Geo.

Las mejillas del francés se cubrieron de un ligero rubor.

—Muy bien —articuló—. Espero que no hayas de pagar caras tus chiquillerías. Nos veremos a la hora de la cena.

Se apartó del coche como si quemase, y sin despedirse de Paige,

echó a andar hacia su propio vehículo. Lo puso en marcha. Maniobró con habilidad. Rugió el potente motor y el bólico rojo pasó de largo. Fabre miraba al frente, solemne, desdeñoso, pero había en su actitud un matiz ridículo que hizo que el americano se echase a reír.

—¡Riñas de enamorados! ¿No ha sido demasiado dura con él, muñeca? ¿O está acostumbrado ya a que le trate de ese modo?

Florie movió negativamente la cabeza.

—No ha sido una riña entre enamorados. No en el sentido en que usted lo dice.

—Como guste. —Paige extendió la mano para tirar del botón de arranque—. ¿Seguimos? ¿O prefiere regresar a la ciudad?

La mano de la muchacha se posó sobre la suya.

—Aguarde un momento. Míreme.

Él se volvió y la miró.

Casi sin variar de posición, sin retirar la mano de su mano, Florence le rodeó con un brazo el cuello, se inclinó ligeramente y le besó.

No fue un beso breve. Paige permaneció inmóvil hasta que la muchacha le soltó y se echó atrás para recobrar el aliento. Preguntó entonces:

—¿A qué viene mostrarse tan efusiva?

Los verdes ojos de ella relampaguearon. Su pecho subía y bajaba a compás del agitado ritmo de su respiración.

—No ha sido una riña entre enamorados, ¿entiende? La mujer capaz de besar a un tipo vanidoso, vulgar, charlatán e insoportable como usted, no puede estar enamorada de otro hombre.

Paige puso el coche en marcha y tomó la dirección de la ciudad. Sonreía burlonamente.

—¿Qué importa un beso? Literatura barata, nena. Hay media docena de razones para que, enamorada o no, me lo haya dado.

—¿Qué razones?

—Una, la fuerza de la sangre. La hija de Lee Harriman no puede ser sino una criatura malcriada y caprichosa, una frescales que reparte besos como quien reparte rosquillas en una merienda infantil.

Florence volvió la cara y fingió mirar por la ventanilla, pero su garganta y su oreja enrojecieron.

—Otra razón —dijo entre dientes.

—¿Otra? Pues, simplemente, cumplir la misión que papá le ha encomendado.

—¿Qué misión?

—Seducirme.

La muchacha dio un respingo.

—¿Supone usted que mi padre me ha enviado a su encuentro? ¿Para sonsacarle? ¿Para doblegarle? ¿Para qué mis encantos consigan lo que, al parecer, no han logrado las pistolas?

—Sí —dijo tranquilamente Paige.

Momentos después, cuando intrigado por el silencio de ella, apartó la vista de la carretera para fijarla en su rostro, descubrió con sorpresa que una lágrima se deslizaba por su mejilla.

CAPÍTULO X

Un vago despecho, impreciso, no concentrado sobre nada ni sobre nadie, se adueñó del ánimo de Bill.

—Llorar es un lujo inútil —dijo con aspereza. Volvió a detener el coche y murmuró una maldición—. ¿Fuma? ¿Quiere un cigarrillo? ¡Mil diablos! ¿Por qué estaré aquí perdiendo el tiempo?

Florence aceptó el cigarrillo entre sollozos. Él se lo puso en los labios, lo encendió y aguardó con hosco silencio a que ella se hubiera tranquilizado.

Al cabo de unos minutos, dijo la muchacha:

—Lo siento. Trate de comprenderme... Amo a mi padre, adivino que está en peligro, y no resisto la idea de que alguien pueda causarle daño...

—Será mejor que volvamos a la ciudad y nos separemos, lo mismo si es usted sincera que si representa una farsa. No hablemos más. Resulta grotesco oírle decir esas cosas.

—No, señor Paige.

—Muñeca, por favor.

—¡No! —insistió la joven apasionadamente—. ¡Quiero saber qué tiene usted contra mi padre! ¡Quiero saberlo todo! ¿Qué fue lo que usted le dijo este mediodía? Que no quería corromper mis oídos, ¿verdad? ¡Y puso en duda que yo le conociera! ¡A mi propio padre! Bien, señor Paige, ¿por qué no corrompe mis oídos ahora?

¿No ha pensado que pueden estar corrompidos hace tiempo?

Bill dominó con esfuerzo la cólera. Pero aquella cólera era más él mismo que Florence quién se la inspiraba.

—¿Qué edad tiene usted?

—Veinte años.

—¿Y ha vivido y se ha educado siempre junto a Harriman?

—¿Por qué pregunta eso?

—¡Conteste!

—No, no siempre. He pasado mi vida muy lejos de él, primero en un colegio suizo, luego en París, viéndole de vez en cuando, en ocasiones con intervalos de dos años y hasta dos años y medio... Pero es mi padre, y le adoro, y sus visitas eran la mayor fiesta, la mayor alegría con que podía soñar. Estamos juntos desde que vino a establecerse en África. Felices. Él me había dicho y repetido que detestaba América, que algún día la dejaría para no volver... Cuando, en París, me anunció que él momento había llegado, ¡fue una dicha tan grande! No se burle de mí, se lo suplico...

Paige miraba a la muchacha al fondo de los ojos.

—¿Por qué razón la educaba su padre en Europa? ¿No existen colegios en los Estados Unidos?

—Le digo que detesta América. No escatimó sacrificios para evitar que yo creciese allí.

—Pero haría usted algún viaje, ¿no? Pasaría en los Estados Unidos por lo menos algunas vacaciones.

—Nunca. Salí siendo niña, tan niña que ni siquiera lo recuerdo, y no he vuelto jamás.

Paige, ceñudo, tamborileaba con los dedos de ambas manos sobre el volante.

—¿Sabe a qué se dedica su padre? ¿Sabe con qué negocios ganaba el dinero?

—No. Y quiero saberlo. Ahora mismo.

—¡Vétate años! —exclamó Bill amargamente—. Todos los ídolos, tienen los pies de barro, y un día u otro se derrumban; ése es el día en que dejamos de ser niños para convertirnos en personas adultas... Los negocios de su padre han abarcado desde el contrabando de licores en la época de la Ley Seca hasta las protecciones pagadas, pasando por la trata de blancas, el tráfico de estupefacientes, el chantaje, el robo y el asesinato. ¿Me escucha usted, paloma? Su última organización criminal la había montado en San Luis, en sociedad con un sujeto apellidado Schiaffino. Terminaron a malas, que en estos asuntos significa terminar a balazos. Schiaffino, un día, apareció cadáver. Temeroso de una venganza por parte de los amigos del muerto, su padre hizo liquidación general y, rápidamente, puso entre San Luis y su persona la mayor distancia posible... Esto es Lee Harriman, ya lo ve. La única cosa buena que he oído de él me la ha dicho usted hace

un momento: que no escatimó sacrificios para mantener a su hija alejada del escenario de sus vergonzosas hazañas.

Florence estaba blanca como el papel.

—Papá —susurró.

—Sería preferible que fuéramos a alguna parte donde usted pudiese tomar una copa. La necesita.

—¡No, no, no! —gimió la muchacha. Se dominó con entereza, pero le temblaban lamentablemente los labios—. Siga contando. Supongo... que es usted uno de los amigos de ese hombre... ese Schiaffino...

—¿Yo? ¡Vamos! Soy algo mucho más prosaico: un investigador al servicio del Alto Estado mayor de las Fuerzas Armadas.

La joven se quedó atónita.

—¿Usted? No comprendo.

—Los legionarios franceses capturaron recientemente, en el oasis de Zuzun, un convoy de armas destinado a los rebeldes de Argelia. Las armas eran de fabricación norteamericana. El convoy procedía de Dakar. Averiguar quién organizó tal negocio es el motivo de mi presencia aquí.

Florence se oprimió las sienes con las manos.

—Y sospecha... ¡Oh, naturalmente, sospecha que lo ha organizado mi padre! ¡No puede ser, señor Paige! ¡No puede ser!

Bill no dijo nada hasta haber encendido dos nuevos cigarrillos y entregado uno a la joven, que aspiró el humo nerviosamente.

—¿Conocía usted a Nina Raabe e Ivette Lebrun?

Florence se volvió y engarfió una mano en el hombro de su chaqueta.

—¡Por el amor de Dios! No me diga... que también...

—¿Sabe que las mataron anoche?

—Sí. Lo he oído hace poco. Pero...

—¿Hace poco? ¿No le habló de ello ninguno de los mocosos invitados a su fiesta?

—No.

La noticia era ya, aquella mañana, del dominio público. Probablemente los invitados de Florence habían evitado adrede comentarla: era la sogá en casa del ahorcado, y un mínimo de delicadeza aconsejaba no estropear el festejo. ¿Delicadeza? Paige sonrió a su pesar. Si en el grupo de mocosos no se habló del doble

asesinato, fue sin duda, porque no se habían enterado todavía de él.

—¿Qué más sabe de esas mujeres, paloma?

—El motivo de que usted las mencione. Eran amigas de mi padre.

—Muy amigas —subrayó Bill con intención—; es decir, Nina Raabe había dejado de serlo desde la llegada de Ivette a Dakar...

—¿Qué hay de malo en ello? Nunca le he recriminado a mi padre su inclinación al trato con mujeres bonitas. Es joven aún, libre, independiente. Tiene dinero, rebosa simpatía y vitalidad. ¿Qué hay de malo?

—Nada. Salvo, ¿qué ha sido de la madre, de usted?

—Murió al darme a luz.

Un gran ómnibus azul apareció procedente de la ciudad; hizo sonar el claxon, pasó y desapareció de nuevo en el primer recodo de la carretera.

—Terminemos con la historia —dijo de mala gana el americano—. Ayer, a última hora de la tarde, recibí en el hotel una sorprendente visita: Nina Raabe, a quien yo no conocía, vino a ofrecirme su ayuda. Estaba enterada al dedillo de la naturaleza de mi misión y de las gestiones que desde mi llegada había practicado, y me dijo que una persona, Ivette Lebrun, también desconocida para mí, podía proporcionarme todos los datos relativos al contrabando de armas... No me interrumpa —atajó, viendo el gesto de extrañeza de Florence—, porque todo esto tiene su lógica. Sepa que Nina, por encargo del jefe de la Inteligencia Militar francesa en Dakar, estaba investigando la posible conexión del padre de usted con ese contrabando, aunque en aquel momento ella se guardara bien de confesármelo. Fui, pues, al Club Ulanga para hablar con Ivette, y su pianista, un tipo llamado Lessu, me contó que no había acudido a actuar alegando sentirse indispuesta, afirmó que lo único que tenía era morriña, y me dio las señas de su casa. Fui a su casa... Ivette yacía muerta en el cuarto de estar, y Nina en el jardín, bajo la lluvia... ¿Quiere que lo dejemos? Parece usted a punto de desmayarse.

—Siga. Solamente... solamente pensaba en la poca oportunidad con que he celebrado este mediodía mi cóctel de cumpleaños... ¡Los músicos eran compañeros de trabajo de Ivette, y sabían sin duda que había muerto!

—Su padre era algo más que compañero de trabajo de Ivette, y también lo sabía.

—Siga —murmuró la muchacha.

—Muy bien. De madrugada, cuando volví al hotel, cinco esbirros de su padre me esperaban en la habitación; tres eran negros, uno era un sujeto fornido a quien llamaban Pierre, y el quinto un muchacho asustadizo que apenas podía tener en la mano una pistola. Pretendían averiguar muchas cosas de mí, entre ellas, la primera, qué revelaciones me había hecho Nina Raabe. No se salieron con la suya, naturalmente. Estropeé el físico a Pierre y a uno de los negros, y el susto le durará al muchacho media vida.

«Luego fui reclamado por el oficial de policía encargado del caso, me trasladó a la Oficina Central y, durante mi ausencia, el pianista Lessu se presentó en el hotel ansioso por hablar conmigo. Dejó su número de teléfono y el encargo que yo le llamara. Lo hice: No había regresado. No iba a regresar jamás; lo han encontrado muerto en mi descampado contiguo a la calle Diez de agosto».

Florence respiraba agitadamente.

—¿Otro asesinato?

—Y van tres.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué, Dios mío, han muerto esas personas?

—Eso es lo que me gustaría que su papá me explicase, muñeca, aunque el motivo general, de verdad no resulta difícil establecerlo.

Hubo un largo silencio. Florence, inmóvil, miraba ante sí sin ver.

Finalmente, cuando Paige se disponía a reemprender la marcha, ella dijo:

—Mi padre está asustado.

Bill sonrió con amargura.

—¡Oh, por supuesto, está asustado y se defiende como un gato panza arriba! Pero ello no le exime de culpabilidad.

—No me ha entendido. Está perpetuamente asustado siempre, desde que vivo con él. Es cierto que ha reclutado una especie de guardia personal y que nunca se aparta de su protección... ¡Dedicarse al contrabando de armas! ¡Enviar armas a los rebeldes argelinos un hombre asustado, y que además resida en territorio francés, expuesto a la reacción patriótica de los franceses! ¿No le parece una hipótesis descabellada?

—Tal como presenta usted los hechos, sí. A su padre le basta

para asustarse con echar una mirada a su propia conciencia. En cuanto a la guardia personal, ¿cómo iba en Dakar a prescindir de las antiguas costumbres? Un gran caíd del crimen se sentiría desnudo sin sus guardaespaldas, sobre todo si dicho caíd había enviado al infierno a Mike Schiaffino; y ello, lo mismo en San Luis, que en Dakar, en Moscú o en Tokio. Desengañese, nena. Un pájaro del calibre de su papá no se contenta con los beneficios que pueda rendirle un negociejo como el Club Ulanga. Usted no le reprocha su afición a las mujeres bonitas; yo tampoco, ¡pero las mujeres bonitas le cuestan a uno un porrón de dólares!

Florence sacudió obstinadamente la cabeza.

—Mi padre no es culpable de lo que usted le acusa.

—¡Ojo! Yo no le acusó; me Emito a extraer consecuencias de los sucesos que ocurren a mi alrededor, y lo relacionado con su padre es sólo un aspecto de las consecuencias que he extraído.

—¡Pero él no es culpable!

Paige se encogió de hombros.

—En el fondo, celebro que reaccione usted así. Un noble corazón. Fe verdadera, fe de la que mueve Himalayas. —Tiró del botón de arranque y puso en marcha el coche—. Usted merece tener por padre a un santo, pero su inmensa suerte es que lo tiene de todos modos. Le creará un santo aunque con sus propios ojos le vea degollar a cincuenta personas. No hay más que hablar.

Aceleró, y condujo en dirección a la ciudad con mano firme. Hallaba en la velocidad sedante para la cólera inconcreta, sin motivo ni objeto determinados, que le consumían. Se preguntó si aquel vago sentimiento sería el comienzo del hastío, de la exasperación que había hecho de Lessu un miserable alcoholico y que imprimía una huella de aburrimiento y cansancio en el rostro del inspector Pasquín, en el de tanta gente en Dakar. El veneno del trópico, acaso; el opio del trópico, en el que muchos afirmaban hallar voluptuoso placer. Mentira...

Florence, sumida en sus pensamientos, no pronunció palabra hasta que el potente «Mercedes» se introdujo por las primeras calles del casco urbano.

—¿A dónde me lleva? —preguntó entonces.

—Dejé mi coche en la Comandancia militar. La compañía de usted es para mí una especie de seguro de vida, pero prefiero que se

marche a casa. Podrá hacerlo sola, ¿no?

—Sí. Y no creo que usted necesite seguros de vida.

—Sin embargo, presencié la conducta de los pistoleros de su padre. Vino a mi encuentro precisamente para salvarme de sus garras.

—Temo que me equivoqué respecto a sus intenciones.

—¿No cree ya que pretendieran causarme daño?

—No.

—¿Por qué?

La joven hizo un vago ademán. Su rostro no expresaba nada.

—Simplemente, he cambiado de opinión.

Paige la miró de reojo, esperando que ella ampliara sus explicaciones. Como no las amplió, él dijo:

—Confío en que esa tormenta de verano que por culpa mía ha estallado entre usted y el muchacho, como se líame, pasará pronto. Dígame de mi parte que agradezco la buena fe de su intervención, aunque...

—No ha sido una tormenta de verano —interrumpió Florence con suave firmeza—. Se lo he demostrado, ¿no?

Bill dirigió instintivamente la vista a sus húmedos y tiernos labios.

—Me ha demostrado de lo que es capaz en un momento de arrebató una muchacha apasionada como usted. Ese joven francés es su prometido, pese a todo.

—Pese a todo —repitió ella en un murmullo—. Sí, no lo niego.

—Pero niega amarle...

—¡Oh, déjeme en paz! ¿Qué le importan a ustedes estas cosas? ¿Qué le importa a nadie? ¡Déjeme en paz, por favor!

Él asintió con una mueca.

Momentos después detenía el «Mercedes» detrás de su propio coche, estacionado junto a la Comandancia Militar desde la visita que había efectuado a Legrange. Se apeó. Dedicó una mirada a lo que de las piernas de Florence dejó ver la falda de su vestido cuando la muchacha se desplazó al asiento del conductor, y casi no se dio cuenta de que ella le hablaba:

—¿Sería posible que nos viéramos esta noche? ¿Podría usted llamarme por teléfono, o yo llamarle a usted? Si nos ponemos de acuerdo sobre la hora.

—¿Para qué? ¿No nos hemos visto ya lo suficiente?

—No es por el placer que me produce contemplar su cara, se lo aseguro.

—¿Entonces?

—Le llamaré al hotel a eso de las ocho. Prométame que estará.

—¿Qué me oculta? ¿Qué se propone?

—Prométame...

—¡Está bien! Pero prométame usted no meterse en líos. Este asunto es peligroso de verdad, puede serlo incluso para la hija de Harriman. He visto morir casi ante mis narices y relativamente por mi culpa a dos mujeres extraordinarias. No quiero a ningún precio que muera una tercera.

Florence disimuló entre los párpados el fulgor de sus verdes pupilas.

—¿Soy para usted una mujer extraordinaria, señor Paige?

—Sí —dijo bruscamente el americano—. Lo es. Extraordinaria de verdad. Si ha de producirle satisfacción, confesaré que no he conocido en muchos años una muchacha que pueda comparársele. Créalo o no, el beso que me ha dado difícilmente lo olvidaré.

Los párpados se abrieron. Paige se sintió perforado por una clara, aguda y luminosa mirada.

—Por un instante he temido que estuviera burlándose de mí, pero le creo. Adiós, y gracias, señor Paige.

Él se preguntó por qué le habría dado las gracias, pero no formuló en voz alta la pregunta. El bello «Mercedes» se alejaba ya.

Bill Se dirigió en su coche al hotel. El recuerdo del beso recibido de Florence no compensaba el amargo sabor que en la boca le había dejado su larga conversación con la muchacha.

¡La vida de Lee Harriman! ¿Por qué tenía la vida que ser así?

El conserje del hotel le reservaba dos noticias:

—El inspector Pasquín ha llamado insistentemente, señor, y desea hablarle con urgencia. También un caballero está esperándole en su habitación.

—¡Cómo en mi habitación! ¿Con qué derecho? ¿No tiene el hotel salones adecuados?

—Le ruego acepte mis excusas, señor Paige. No es correcto, por supuesto que no. Pero se trata del coronel Legrange, y ha exigido...

¿Legrange? ¿Legrange esperándole en su habitación? ¿La

Inteligencia Militar se tomaba el trabajo de acudir en su busca, en tanto que un simple inspector de policía le enviaba avisos perentorios?

—Yo también exijo —replicó ásperamente Bill.

Volvió la espalda al conserje y se encaminó a los ascensores.

El coronel Legrange le aguardaba en su habitación, ciertamente. Había instalado en una butaca su pomposa humanidad. El labio inferior le colgaba más que de costumbre y su aspecto era, más que de costumbre, estúpido y desconcertado.

La sangre en nada le favorecía. Había manado de su cuello con asombrosa abundancia, poniéndole perdido el uniforme, manchando la tapicería del sillón y formando en el suelo un charco donde se refocilaba un enjambre de moscas.

Estaba muerto. Su herida era similar al tajo que casi cercenó en redondo la garganta de Nina Raabe.

CAPÍTULO XI

El súbito timbrazo del teléfono sobresaltó a Bill. Sé encontró con el aparato en la mano sin noción de haberlo descolgado, como si despertara de una crisis de sonambulismo.

—Diga —articuló.

—De modo que al fin está usted ahí —le respondió la voz cortante de Pasquín—. El último informe de mis hombres...

—Venga inmediatamente.

—Un momento, señor Paige. Debo ante todo...

—¡Venga inmediatamente, le digo!

—¿Qué ocurre? —inquirió el inspector, alarmado.

—No arme escándalo cuando llegue. Han matado al coronel Legrange en mi habitación.

El hilo telefónico transmitió un resuello. Luego, la voz alterada de Pasquín:

—Al coronel... Dice que han matado a... ¡Oh, infiernos!...

Y la comunicación fue cortada bruscamente.

Paige depositó el aparato en su soporte y se volvió para contemplar el cadáver. Nina, Ivette, Lessu y ahora, Legrange: cuatro asesinatos en menos de veinticuatro horas. Pero ¿por qué Legrange? Hacía sólo unas horas que había hablado con él, y no parecía saber nada que pusiera en peligro su vida. ¿Habría averiguado algo desde entonces? ¿Lo había averiguado de manera tan poco hábil que desencadenó la inmediata represalia de sus enemigos?

Encendiendo distraídamente un cigarrillo, Bill se inclinó sobre los sangrientos despojos del jefe de la Inteligencia Militar. El cuerpo conservaba un rastro de calor. No se observaban en Legrange señales de sorpresa, de violencia o de miedo, nada que indicase que se había percatado de que iba a morir. ¿Cómo un hombre de su experiencia se había dejado cazar de aquel modo? ¿Cómo entró el asesino en la habitación sin que él lo notase?

Los ojos de Paige iniciaron una cuidadosa exploración. La explicación del hecho —descartando la hipótesis de que el coronel se hubiera dormido en la butaca—, no podía ser más que una; el asesino se encontraba ya allí cuando Legrange llegó. ¿Dónde? En el cuarto de baño. ¡Oh por supuesto! La puerta del cuarto de baño, situada detrás de la butaca, aparecía abierta. El asesino pudo salir sigilosamente, machete en mano, degollar al coronel de un solo golpe y escapar. Ello significaba que alguien conocía por anticipado el propósito de Legrange de visitarle a él, a Paige; a no ser que fuera él, no Legrange, la víctima designada y que el asesino hubiese cometido un error de identidad o alterado a última hora sus intenciones. La posibilidad de error, sin embargo, era muy pequeña, dado que el coronel vestía de uniforme. Salvo si se trataba de un estúpido o de un completo ignorante, resultaba difícil creer que el terrible esgrimidor del machete confundiera a un militar francés con un investigador americano.

Paige se introdujo en el cuarto de baño. Le bastó una mirada para asegurarse de que, por lo menos en parte, su hipótesis era correcta. En el suelo, junto al lavabo, había una mínima cantidad de agua, unas gotas, que el servicio del hotel había olvidado o desdeñado secar al hacer la limpieza. Alguien había pisado aquellas gotas y dejado luego, casi en el umbral de la puerta, la impronta de su pie húmedo. No fue la misma persona que hizo por la mañana la limpieza; es decir, no un miembro del personal del hotel. Primero, porque la tenue huella se habría evaporado en el tiempo transcurrido desde entonces; segundo, porque el personal del hotel, camareras y mozos negros inclusive, usaba zapatos. Aquella huella correspondía a pie descalzo, cuyos dedos se dibujaban con notable nitidez en la pulida superficie de la baldosa.

Un asesino descalzo. Un machete, o un gran cuchillo. Ello sugería la idea de que el ejecutor de aquella muerte y de las otras tres —también hubo huellas de pies húmedos, aunque menos claras, en la cocina de Ivette Lebrun— era un indígena.

¿Podía un indígena, un asesino negro, quizá semisalvaje, haber matado a Legrange por equivocación?

Paige regresó al dormitorio y aplastó el cigarrillo en un cenicero. Estaba pensando que acaso la identidad del realizador material de los crímenes tuviera mucho que ver con el misterio que los

envolvía. Un estúpido y brutal asesino indígena podía haber recibido orden de eliminar a Ivette, y haber eliminado además a Nina por el mero hecho de haberla encontrado en el jardín de la casa; o viceversa... Y podía, desde luego, haber cumplido la orden de «matar al ocupante de la habitación 224 del Hotel de América» degollando al primer hombre a quien vio entrar en dicha habitación. La aparición de Legrange habría, por tanto, salvado su vida. ¿Era así?

Pero ¿por qué se habría tomado el coronel la molestia de visitarle? ¿Cabía en tales circunstancias pensar en un error del asesino? ¿O había sido degollado Legrange por la obvia razón de que los muertos no hablan?

Una breve y enérgica llamada a la puerta arrancó a Bill de sus reflexiones. Abrió. Era el inspector Pasquín. Dos hombres blancos vestidos de paisano le acompañaban.

—Condenación —murmuró.

Se dirigió con los dos hombres en línea recta hacia el cadáver. Pero Paige no le prestaba atención. Mientras abría la puerta, una idea punzante se había deslizado en su mente.

Florence Harriman aguardándole en su coche ante el hotel. Les esbirros del «Buick». La extraña persecución, el viaje a las afueras, el tiempo perdido... Alguien no había perdido, sino ganado aquel tiempo: ¡alguien lo había aprovechado para mantenerle apartado del coronel Legrange y matar a éste!

Paige, como limpiándose, se pasó el dorso de la mano por los labios. Un beso. Una farsa. Un truco para alejarle de su habitación del hotel, donde Legrange le esperaba. ¡Naturalmente! El gesto romántico de Florence pretendiendo sacarle de la ciudad para librarle de los pistoleros enviados por su padre... ¿Qué? ¡Una escena de melodrama barato!

—¡Señor Paige! —exclamó el inspector.

Bill se volvió lentamente.

—¿Qué le pasa?

—Pregunto si ha oído mencionar el nombre de Bobotte.

Apeló a su memoria con doloroso esfuerzo. ¡Bobotte! Había perdido un día entero tratando de encontrarle, en efecto; la víspera, hasta que Nina Raabe le visitó. Bobotte, un comerciante negro, era una de las pistas que, a su llegada a Dakar, el capitán Bowie le

había sugerido.

Se oprimió la frente con los dedos. ¡Bobotte! ¡Ahora recordaba! Nina Raabe le había dicho que el comerciante estaba ausente de la ciudad, ¡añadiendo que probablemente estaba también ausente del mundo de los vivos!

—¿Tenía esto alguna importancia?

—Ha muerto.

Pasquin dio un respingo.

—¿Cómo lo sabe?

—Nina Raabe me lo insinuó. Yo había estado ayer buscándole en vano. Ella afirmó que por aquel camino mis pesquisas no llegarían a ninguna parte y que me convendría más aceptar su ayuda...

—¿Por qué le buscaba usted?

—El jefe de nuestra Oficina de Información me proporcionó unos cuantos nombres con ánimo de facilitar mi trabajo: Dudot, Fossom, Klapport, Bobotte... De este último se sospechaba que comerciaba con el Sahara y, a través del desierto, con Egipto y los países árabes, e incluso que había practicado el tráfico de esclavos.

—Es cierto.

—Bien, ¿qué ocurre con Bobotte? ¿Por qué lo trae usted a colación?

Pasquin habló con la mirada fija en el cadáver de Legrange:

—La última vez que el coronel se puso en contacto con nosotros fue para solicitarnos informes de Bobotte, hace de ello ocho o diez días. Ignoro el motivo de que se interesara por él, pero que se interesaba, o se interesó entonces, es seguro. Bien, acabo de recibir la noticia de que, efectivamente, Bobotte ha muerto. Fue asesinado anteayer en Kakoa, a cien kilómetros de aquí, en el interior del país, donde tenía una de sus factorías más importantes... Alguien le rebanó el cuello con un machete.

Paige siguió con la vista la mirada del inspector y halló la destrozada garganta de Legrange.

—Puede ser una coincidencia.

—Varias coincidencias en una, señor Paige. Ocurrieron cosas raras en la factoría de Kakoa. Sus almacenes fueron saqueados, e incendiada una parte de su contenido; una parte en apariencia carente de valor... Cajas de embalaje casi todo. En un fragmento de ellas salvado de las llamas, cuya foto me remite la policía de Kakoa,

puede leerse una inscripción que dice: «Buffalo Harvester Company» y el nombre de la ciudad de Springfield, Illinois. Estados Unidos.

—La «Buffalo Harvester» es una empresa fabricante de maquinaria agrícola conocida en el mundo entero.

—Lo sé. A fines del mes pasado recibió Babotte una partida de tractores adquiridos en esa empresa, los cuales, sin desembalar, salieron del muelle de Dakar en dirección a Kokoa. ¿Le sugiere esto alguna idea, señor Paige?

—La misma que a usted —dijo el americano, pensativo—. En un momento determinado, los tractores se convirtieron en armas. De Kakoa partirían en convoy rumbo a Argelia...

—Exactamente.

—Entonces, ¿qué demonio pasa, inspector? Si Bobotte organizó el negocio, se comprendería que hubiese hecho matar a las personas que amenazaban con descubrirle o delatarle, e igualmente que prendiera fuego a lo que consideraba pruebas delatorias ¡Pero él mismo había sido asesinado cuando estas cosas ocurrieron!

Una sonrisa agria curvaba los labios de Pasquín.

—¿Sabe por qué tenía yo tanto empeño en hablarle, señor Paige? No, claro que no. He dejado repetidamente aviso en la conserjería del hotel, pero habrá usted pensado que era solamente por ganas de importunarle... Esos fastidiosos e ineptos policías franceses, ¿verdad?

—No he pensado nada —replicó secamente Bill—. Acababa de regresar y de tropezarme con el pobre Legrange cuando usted ha llamado.

—Según el último informe de mis hombres, marchó de paseo en compañía de la hija de Harriman y con una escolta de los esbirros de este...

—Bien, ¿y qué?

El inspector se examinó las uñas de la mano derecha. Al cabo de un momento declaró:

—He detenido a Harriman.

—¿Cómo?

—Le he pillado por sorpresa. Todo con la máxima suavidad. Si quiere que alguien le ayude, habrán de ser sus abogados, no sus pistoleros.

—Así que se ha salido con la suya —dijo Bill, escrutando el

rostro escéptico del francés—. ¿En qué fundamenta su medida? ¿Ha descubierto alguna relación entre Harriman y Bobotte?

Pasquín rió desdeñosamente.

—¡Usted y su dichoso contrabando de armas! No, no es eso. Le he detenido bajo acusación de haber asesinado a Nina Raabe e Ivette Lebrón. Tengo pruebas palpables de que estaba en casa de Ivette a la hora en que se cometió el doble crimen.

—¿Qué pruebas?

—Poco antes de que empezara a llover, los dos agentes que efectúan la ronda nocturna en la calle de Julien Jacotte vieron su coche estacionado ante la casa. Minutos más tarde, cuando ya llovía, el coche pasó a unos metros de ellos. Pueden jurar que el propio Harriman lo conducía, y que iba solo.

Paige no dijo nada. Permaneció un momento indeciso. A continuación, con aire pensativo, se dirigió al teléfono, lo descolgó y marcó un número. Pasquín le mirara enarcando las cejas.

—¿Capitán Bowie?

La voz del oficial americano respondió a través del hilo:

—Es usted William Paige, ¿no? ¿Me toca trabajar?

—Sí, y de prisa. Primero, póngase inmediatamente en contacto con la oficina colectora del

F. B. I.,

en Springfield, Illinois. La «Buffalo Harvester Company», de aquella ciudad, sirvió a fines del mes pasado una partida de tractores a Bobotte; necesito todos los detalles de esa operación: quién la gestionó, quién pagó el pedido, cómo fueron enviados los tractores, qué informes tiene de Bobotte la «Buffalo»... Segundo, obtenga de nuestro cónsul todos los detalles que sobre la misma operación se puedan averiguar aquí. Se me ocurre que, con respecto a Springfield, lo más rápido sería que hablase usted directamente con la fábrica...

—¿Por qué no con el presidente de los Estados Unidos?

—¿Por qué no? —replicó Bill. Consultó el reloj—. Volveré a llamar dentro de una hora.

Cuando hubo colgado el teléfono, Pasquín preguntó:

—¿Qué espera descubrir?

—Su problema, inspector, lo constituyen cuatro, cinco asesinatos; el mío, un contrabando de armas. Espero descubrir —el

americano echó a andar hacia la puerta—, una solución que convenga a los dos.

Pasquín alzó vivamente la mano.

—¡Eh, no hemos terminado todavía! ¿A dónde ya?

—En busca de un homicida negro muy hábil en el manejo del machete.

—¿Negro?

—Eche una mirada a la huella impresa en las baldosas del cuarto de baño.

El inspector hizo seña a uno de sus acompañantes se dirigió al lugar indicado. A gachas, ambos hombres examinaron el leve rastro húmedo.

—Es un negro, en efecto —dijo el acompañante—. La forma del pie, característico, no ofrece lugar a dudas.

Pasquín se enderezó.

—Ocupaos vosotros de esto, Etienne. —Regresó junto a Paige y le asió amistosamente del brazo. Sus claros ojos tenían una mirada acerada—. Le necesito. Venga conmigo, por favor. Tendrá tiempo luego para sus búsquedas y sus formidables investigaciones.

Bill se dejó conducir sin protestar. Abandonaron la habitación y descendieron al vestíbulo. Todo estaba tranquilo en el hotel. El conserje consultaba distraídamente un folleto. La noticia del crimen no era conocida aún, pero, en cuanto lo fuese, ¡cómo cambiaría el panorama!

El coche del inspector se hallaba estacionado ante la puerta.

—A la Oficina Central —ordenó Pasquín al chófer.

Paige se acomodó en el asiento y estiró perezosamente las piernas. Se daba perfecta cuenta de que, por algún motivo, el francés tenía los nervios en tensión, pero no quiso hacerle preguntas. Fue el propio inspector quien, al cabo de un momento, dijo:

—Se llama, o le llaman, Okamunu.

Bill notó que un cosquilleo de emoción le recorría el espinazo.

—¿Quién? —inquirió, aunque adivinaba la respuesta.

—Él negro descalzo y hábil con el machete que ha matado a Bobotte, a Ivette Lebrun, a Nina Raabe, a Raymond Lessu y al coronel Legrange.

—¡Pero usted le conoce! ¿O es un tiro al azar?

—No creo equivocarme. —Pasquín cerró los puños y se los restregó uno contra otro—. Un monstruo, un degenerado, un asesino nato, una bestia inmundada... Tiempo atrás nos causó muchas preocupaciones. Llegamos a atribuirle media docena de crímenes, pero nunca pudimos probarle nada... ¡Okamunu y su machete, debí suponerlo! Le advertimos a Bobotte que si volvíamos a verlo llevando el arma encima, sería encarcelado. Desde entonces desapareció de Dakar.

—¿Bobotte? ¿Por qué a Bobotte?

—Okamunu era la sombra de Bobotte, su guardia personal, y probablemente también su verdugo personal.

—¿Ustedes consienten tales cosas?

—¡Consentir, señor Paige! Usted no conoce los ambientes negros, y ni remotamente puede imaginarlos. Son un mundo aparte, un abismo de tinieblas que se rige por leyes que ningún hombre blanco alcanza a comprender; un recinto sagrado al que nosotros jamás tendremos acceso... ¡Vea a ese personaje! —El índice de Pasquín señaló a un joven negro, alto y elegante, vestido de blanco, que en la acera se disponía a montar en un lujoso «*Vedette*»—. Es uno de los más cultos e inteligentes abogados de la ciudad, educado en la Sorbona, brillante orador político. Uno de tantos... ¡Trate usted de penetrar en su alma! Encontrará una capa, dos, ¡diez!, de civilización, pero el ancestral

tam-tam

de la selva batirá siempre debajo. África, amigo mío. Siempre.

—Empiezo a entender.

—No, uno no lo entiende hasta que tropieza de verdad con la barrera que nos separa de ese mundo negro. Bobotte desarrollaba sus actividades al otro lado de esa barrera, más allá de nuestra moral y nuestras leyes. ¿Muere allí asesinado un hombre? Es, en todo caso, un hechicero, pero no un oficial de policía lo que se necesita para descubrir y capturar al asesino... Créame, señor Paige: esto es el infierno, un hediondo y maldito infierno, apastosa caldera donde, Dios me perdone, hierve eternamente el mal.

El coche se detuvo frente a la Oficina Central de Policía.

—Sin embargo —dijo Bill—, yo estuve ayer en casa de Bobotte, en su almacén, en su despacho, en su club. Nada de ello me pareció maligno o hediondo. Hubieran podido ser de los de cualquier

comerciante acomodado de cualquier ciudad del mundo.

Los dos hombres se apearon. Pasquín agitó afirmativamente la cabeza.

—¡Eso es lo desesperante! En el África actual, el abismo negro está oculto bajo una trampa de normalidad burguesa; Bobotte, y tantos otros como él, son personas como usted y como yo si se les mira del lado de acá de la barrera. Pero el día que se abre la trampa y el abismo aparece... Bueno, dejémoslo. Venga conmigo, señor Paige.

Bill insistió:

—¿Cómo explica que Okamunu, siendo el guardián de Bobotte, le haya matado?

—No lo explico. Se averiguará cuando le encontremos; es decir, si le encontramos.

—¿Lo duda?

—Sí, lo dudo. Alguien, evidentemente, ha estado sirviéndose de él, pero no vacilará en suprimirle apenas cese su utilidad y se convierta en un peligro. —El inspector condujo a Paige al primer piso del edificio—. Daré inmediatamente la alerta general. —Hizo una mueca sarcástica—. El mundo negro, ¡cómo va a reírse de mí! A no ser...

Abrió una puerta e invitó al americano a pasar. No era la puerta de su despacho, sino la de una destartalada y calurosa dependencia, vacía de personal, amueblada con una mesa y unos bancos adosados a la pared.

—¿Para qué me ha traído? —preguntó Paige.

—Para que nos hagamos mutuamente un favor. Tenga la bondad de esperar unos minutos.

Bill se adentró en la sala, fue hasta la ventana y mirando afuera, encendió un cigarrillo. Okamunu. Un asesino negro a quien Pasquín había calificado de «bestia inmundada». El hilo de los acontecimientos comenzaba en él. ¿Dónde terminaba? ¿En quién terminaba?

Florence Harriman. La farsa de Florence que había hecho posible el asesinato del coronel.

No... Imposible, ¡imposible!

¿Por qué imposible?

CAPÍTULO XII

La puerta se abrió y dio nuevamente paso al inspector Pasquín pero no acudía solo. Le seguía una extraña procesión: cinco hombres, cuatro negros y un blanco, cabizbajos, abatidos, y no pocos de ellos aterrorizados. Detrás dos agentes uniformados armados de metralletas.

A una seca orden del inspector, los cinco individuos se alinearon a lo largo de la pared. Aquél dijo:

—Mírelos bien, señor Paige.

Bill no necesitaba mirarlos bien. Conocía a los cinco. El hombre blanco era el jovenzuelo asustadizo que con el llamado Pierre y tres negros había estado la madrugada anterior en su habitación del hotel. Dos de aquellos negros figuraban también en el presente grupo. Los dos últimos componentes de éste habían participado aquel mediodía en la escena que tuvo la biblioteca de Harriman por escenario.

Nadie pronunció palabra durante algún tiempo. Luego:

—Lleváoslos —ordenó Pasquín.

La procesión emprendió la retirada. Al jovenzuelo le temblaban las manos convulsivamente.

Bill Paige articuló:

—Bonito lote.

El inspector se acercó a él.

—¿Qué más puede decirme de ellos?

—¿Qué espera que le diga?

—¡Está usted loco, señor Paige! Sabe perfectamente quiénes son esos sujetos. Tiene el deber de identificarlos y formular una denuncia, que será respaldada por el conserje nocturno del hotel. ¡Es el primer paso para apretar las clavijas a Lee Harriman!

Bill guardó silencio. Anduvo unos pasos de acá para allá. Terminó su cigarrillo y lo arrojó por la ventana.

—No puedo acceder a lo que usted desea, inspector. No ahora.

—¡Infierno! —exclamó Pasquín.

—Necesito, primero, hablar a solas con Harriman.

El entrecejo del policía se frunció.

—¿Accederá después?

—Dependerá del resultado de la conversación.

Pasquín pronunció un juramento.

—Americano tenía usted que ser —añadió, furioso—. ¡Oh, esta condenada porquería de historia!

Giró sobre sus talones y se marchó dando un portazo.

Reapareció a los pocos momentos.

—Aquí le tiene. Espero que congenien como buenos compatriotas. Llámeme para presenciar el abrazo final.

A diferencia de sus pistoleros, Harriman no se mostraba asustado ni abatido. Sus ropas estaban en orden. Su mirada era fría y altanera. Paige experimentó una sensación rara, desagradable, al examinarle con atención e ir descubriendo aquellos de sus rasgos que había heredado Florence.

La puerta se cerró. Él y Harriman quedaron solos.

—Voy a hacerle el favor de suponer —dijo Bill—, que usted ha cometido un error conmigo. No he venido a Dakar para cobrarme con su sangre la vida de Mike Schiaffino, no soy un policía federal ni es usted el motivo expreso de mi presencia aquí. Si realmente está al margen del asunto en que me ocupo, al margen quedará, por lo menos en lo que a mí respecta. Pero he pensado que aclarar algunos puntos oscuros puede sacarnos de apuros a los dos.

—He salido sólo de todos los apuros de mi vida.

—Eso fue cuando estaba usted solo. Ahora tiene consigo a Florence.

Harriman enrojeció y avanzó un paso.

—Mire, Paige...

—No me interprete mal. Es admirable su delicadeza de mantener a la chica alejada e ignorante de usted y sus negocios en California, Illinois y Missouri; admirable, Harriman, lo digo en serio. Pero actualmente ha terminado aquella vida. Florence está junto a usted y es una criatura deliciosa que ama a su padre con locura. No puede usted, no tiene derecho a empezar otra vez la lucha a sangre y fuego, que sería destrozarle a la muchacha el

corazón.

Los ojos de Harriman relampaguearon.

—¡No se meta en mis asuntos!

—No me meteré cuando esté seguro de que no son también los míos.

—Si se refiere a las armas de Zuzun, nada tengo que ver con ello.

—¿Tiene por casualidad algo que ver con un comerciante negro llamado Bobotte?

—No.

—Reflexione, Harriman. Aquí no está usted en los Estados Unidos. Es un extranjero, no dispone de apoyos políticos ni de influencias de ninguna clase. Los franceses pueden causarle mucho daño, a poco que se lo propongan. Le conviene decirme la verdad.

—Se la estoy diciendo.

—El contrabando de armas —siguió diciendo Bill, mirando cara a cara a Harriman—, tiene una segunda parte, en la cual se han producido cinco asesinatos. Cinco, ¡nada menos que cinco! Bobotte ha muerto en Kakoa; en Dakar, Nina Raabe, Ivette Lebrun, el pianista de ésta y el coronel Legrange, jefe del servicio francés de Inteligencia Militar. ¡No me diga que tampoco tiene usted que ver con esas personas!

Harriman entornó los ojos.

—¿Cinco asesinatos?

—¿No lo ha oído?

Hubo un silencio.

—Mi relación era con Nina, Ivette y Lessu vivos, no con su muerte.

—Pasquin opina de otro modo. Tiene pruebas de que usted se encontraba en casa de Ivette a la hora del crimen.

—Después —replicó secamente Harriman.

Bill suspiró.

—Hábleme de eso.

—Hay poco que hablar. Necesitaba ver a Ivette. Fui a su casa. La encontré muerta, pero nada supe de Nina. Llamé por teléfono a la policía y me marché inmediatamente.

Había sido, pues, Harriman la misteriosa persona que dio aviso del crimen. No existía razón para que esto fuera falso.

—Ivette alegó sentirse enferma para no acudir a su trabajo en el club, pero no estaba enferma. ¿Por qué no acudió?

—Ella no alegó nada —declaró Harriman con frialdad—: la noticia de que estaba enferma la di yo para justificar su ausencia ante el público. Ivette no acudió porque se había despedido.

Bill escrutó con sorpresa el rostro impasible de su interlocutor.

—¿Quiere decir que la despidió usted?

—Quiero decir que se despidió ella misma.

—¿Cuándo?

—A primera hora de la noche. Y por teléfono.

—¿Qué motivo?

—Eso es lo que pretendía averiguar en mi visita.

—Si no explica usted qué demonio estaba ocurriendo, Harriman, todo eso no tiene sentido.

—Tampoco lo tiene para mí desde que sé quién es usted y lo que hace en Dakar. Pensé en usted apenas la policía me comunicó lo que había pasado y, en particular, que en casa de Ivette también estaba muerta Nina. Ella, Nina, le había visitado a usted horas antes, según mis informes; podía haber entre las dos cosas una relación.

—Y para asegurarse colocó a cinco pistoleros en mi habitación del hotel, con orden de averiguar qué me había contado Nina.

—Sí —dijo Harriman tranquilamente.

—Volvamos a la misteriosa decisión de Ivette. Su decisión de dejar el trabajo, ¿significaba además romper con usted?

—Sí.

—¿Sin explicaciones?

—Lo único que dijo fue que estaba harta y quería regresar enseguida a París.

—Según Lessu, con quien hablé en el club, la supuesta enfermedad de Ivette no era sino melancolía, morriña, nostalgia. Se refirió a ello como si la hubiera visto en aquel estado con frecuencia. La llamada telefónica de despedida pudo ser únicamente fruto de un arrebato momentáneo...

—Pudo —asintió Harriman.

Pero su tono indicaba que no lo creía así.

—¿Y bien?

—Últimamente no era la misma. Algo la preocupaba. Después de

lo ocurrido, si no fuera porque también Nina murió asesinada, me inclinaría a creer que era la propia Nina, con sus venenosos rencores, quien causaba su preocupación. Usted sabe...

—Que Ivette había despachado a Nina, en efecto. Y que ésta aspiraba a vengarse de Ivette y de usted.

Harriman movió afirmativamente la cabeza.

—Uno no puede jamás fiarse de una mujer. Me haré viejo sin haber aprendido a conocerlas.

—Sobre todo a las mujeres como Nina —dijo Paige—. Mire, voy a hablarle claro y terminaremos de una vez. Hace cosa de una semana, Nina Raabe se presentó al coronel Legrange y le dijo que el organizador del contrabando de armas no era otro que usted... ¡Aguarde, cálese! Dijo que no tenía pruebas, pero que las conseguiría si le pagaban bien por ellas. Legrange se avino al trato. Luego, anoche, cuando estaba a punto de terminar el plazo que ambos habían fijado de común acuerdo, Nina me hizo esa visita, que había de alterar los nervios a usted.

—Y repitió la acusación.

—No, Harriman, no la repitió. Me ofreció su ayuda sin cobrarme nada. Y lo único que dijo fue que, si me dirigía a Ivette Lebrun, averiguaría de esas armas cuanto quisiera.

—¿A Ivette?

—¡Mil diablos! —exclamó Bill apasionadamente—. ¡Tiene usted que saber a qué motivo obedecía su conducta! ¡Todo gira en derredor de usted, Harriman! ¿Pretende que le tome por tonto? ¡Nina había de tener alguna razón para enviarme al encuentro de Ivette, y era una razón que le afectaba a usted!

—No comprendo.

—¿Se burla de mí? Puede usted perder toda su fortuna en esto, ¡puede incluso dejar la piel! ¿Ha pensado en Florence? ¡Harriman, le conmino a que hable! Si realmente es ajeno al contrabando no se arrepentirá. Una simple indicación mía, y sobre ciertas cuentas que ha dejado pendientes en los Estados Unidos sería pasada, como recompensa, una discreta esponja.

Harriman dio bruscamente media vuelta y, cabizbajo, comenzó a caminar de un lado a otro.

—No puedo hablar de lo que ignoro. Ivette se despidió de mí sin explicaciones. Nina le dijo a usted que ella le informaría sobre el

contrabando, luego las mataron a las dos... ¿Cómo quiere que relacione tales cosas?

—¿Relacionaría, por lo menos, a Ivette con las armas?

—¡No, es ridículo, absurdo!

—¿A Ivette con Bobotte?

—¿Con un vulgar aventurero negro? ¡Vamos, Paige!

—Sin embargo, Bobotte intervino en el contrabando. Las armas, al parecer llegaron a Dakar consignadas a su nombre y camufladas como tractores de la «Buffalo Harvester Company», de Springfield; fueron despachadas a su factoría de Kokoa, y de allí partieron en convoy hacia el Sahara.

—¡Bien, ahí lo tiene! ¿No fue Bobotte? ¿Por qué se empeña en colgarle el negocio a otro?

—Bobotte ha muerto asesinado. Alguien prendió fuego a su factoría de Kakoa.

—¿Y qué?

—La misma mano que le degolló a él ha causado la muerte de Nina, de Ivette, de Lessu y del coronel Legrange. Es la mano de un negro que camina descalzo, muy hábil esgrimiendo el machete... Según el inspector Pasquín, se trata de un individuo llamado Okamunu, a quien Bobotte utilizaba como guardaespaldas.

Harriman interrumpió su paseo. Un segundo, acaso dos. Lo reanudó enseguida, con la vista obstinadamente fija en el suelo.

—Ese cuadro que me presenta usted, Paige, es un perfecto rompecabezas —dijo al cabo de un momento—. Las piezas no encajan, y la que menos encaja es la mía, la que me corresponde a mí. —Alzó la mirada hasta cruzarla con la de Bill—. Haga lo que quiera conmigo, áteme de pies y manos y entrégume a estos condenados polizontes si gusta, pero ello no resolverá su problema.

—Puede que no, aunque quizá evite que siga complicándose.

—Haga lo que guste —repitió Harriman, encogiéndose de hombros.

Bill se aproximó a la ventana y miró al exterior. No vio nada. No hubiera visto nada ni aun teniendo ante los ojos el más fascinante espectáculo del mundo. Todo lo que veía estaba dentro de su propia mente.

Harriman forzosamente había de mentir. Pero ¿en qué? ¿Por qué razón? Si por debajo de aquella disparatada serie de sucesos se

desarrollaba el hilo lógico de una historia, ¿qué historia era? ¿Cuál era, en el rompecabezas, la pieza clave que permitiría encajar unas con otras todas las demás?

Reprimiendo la ira que de nuevo sentía ascender en su turbado ánimo, Bill retrocedió e hizo frente a la granítica y sombría figura del *exgangster*. Apretó los puños.

—Por última vez, Harriman, y apelo al amor que le inspira su hija, único sentimiento decente que le conozco: ¿No tiene nada que decirme?

Los ojos de Harriman eran duros como diamantes.

—Nada —replicó.

Sin añadir palabra, Paige abrió la puerta. Pasquín, que aguardaba al otro lado con dos agentes, avanzó a su encuentro, curvados los labios en una sardónica sonrisa.

—Puede llevárselo.

El inspector hizo seña a los agentes.

—Lléváoslo.

Los diamantinos ojos no miraron a nadie. Harriman abandonó la sala sin prisa, caminando con elegante indiferencia.

—¿Qué ha decidido? —preguntó Pasquín, cuando él y Bill quedaron solos.

—¿Decidido respecto a qué?

—Su conversación con Hariman, ¿lo ha olvidado?, era condición previa a la presentación de la denuncia...

—No presentaré denuncia ninguna.

El inspector pronunció un largo juramento.

—Piénselo bien —añadió. La forzada suavidad de su tono estaba cargada de veneno—. Sabe perfectamente que no puedo basar una acusación de asesinato en el hecho de que dos agentes vieran el coche de Harriman estacionado ante el lugar del crimen, y más tarde al propio Harriman conduciendo el coche.

—No puede —asintió lúgubrementemente Bill—. Por lo demás, Harriman fue la persona que dio a ustedes aviso telefónico de lo ocurrido. Apuesto a que recuerda las palabras exactas.

—Ello no le exime de culpabilidad.

—Quizá no.

—¿Sabe usted lo que está haciendo, señor Superman? —exclamó Pasquín, con súbita violencia—. ¿Qué se propone? ¿Qué intenta?

Tomarme el pelo, ¿no? ¡Demostrar que puede más usted sólo que este ejército de liliputienses policías franceses! ¡El glorioso triunfo del semidiós americano!

—No lo sé. —Bill consultó su reloj—. No sé lo que hago, ni lo que me propongo, ni lo que intento, ni dónde estoy, ni por dónde ando, ni quién soy en realidad... ¡No sé nada! Me marchó. Si quiere saber a dónde voy, le diré que en busca de mí mismo.

Dejó al inspector en la sala y salió al corredor. Mientras descendía a la planta baja, pensó con desaliento que, si no se producía un milagro, jamás llegaría a ordenar el caos, el caos absoluto, abrumador, que ahora reinaba en sus ideas.

Utilizó uno de los teléfonos del zaguán para llamar al capitán Bowie.

—No se quejará de mi eficiencia —dijo éste, con voz que rebosaba satisfacción—. Springfield, en Illinois, está muy lejos, creería uno que en un mundo distinto cuya existencia...

—Al grano, por favor —suplicó Bill, amargamente.

—He hablado directamente con la «Buffalo Harvesters» —prosiguió el capitán, en el mismo tono—. Gente muy amable.

—Bueno, ¿qué hay?

—No han vendido tractores al Senegal, ni a ninguno de los territorios africanos de Francia, desde hace más de dos años. No existen pedidos ni consignaciones. No conocen a nadie en Dakar. Los nombres de Bobotte y Harriman no les dicen nada, no figuran ni han figurado en sus libros. ¿Le sirve esto de ayuda, Paige?

—Sí, para hundirme —replicó Bill.

Y aplastó el aparato telefónico contra su soporte.

Al alzar la vista descubrió que Pasquin le había seguido y estaba contemplándole apoyado en la pared, cruzadas las manos sobre el pecho.

—Disculpe mi curiosidad —dijo el inspector—. ¿A qué lugar va en busca de sí mismo? ¿Dónde espera encontrarse? Lo pregunto porque, ¿quién sabe?, quizá yo pueda también encontrarme a mí mismo si busco concienzudamente.

Paige se oprimió la frente con ambas manos.

—Anoche apenas dormí —respondió—. Hoy no he almorzado. Voy a comer un bocado, a echar un trago y a tenderme un rato en cama, eso es todo.

Salió a la calle.

Por un instante pensó que el policía saldría en pos de él, pero al volver la cabeza comprobó que se había abstenido de hacerlo.

CAPÍTULO XIII

El teléfono, sobre la mesilla, rompió de improviso a campanillear.

Sin abandonar el lecho, Bill extendió el brazo, tomó el aparato y lo aplicó a su oído.

Por el hilo le llegó la voz inconfundible de Florence Harriman:
—¿Señor Paige?

Se incorporó sobre un codo.

—Falta mucho todavía para las ocho. ¿Cómo ha sabido que me encontraría en el hotel?

—No lo sabía. —La muchacha hablaba quedamente y en tono inseguro, como si suspirase las palabras—. Le llamo porque es el único lugar que se me ha ocurrido. Necesito... necesito verle...

Paige sintió algo raro dentro de sí, una especie de tensión en las entrañas.

—¿Verme?

—Ahora mismo. Cuanto antes.

La voz de Florence se había hecho lejana, impersonal, semejante a las voces que se oyen en sueños.

—¿Qué sucede?

—Venga, se lo suplico. No puedo decírselo por teléfono.

—No sea tonta. ¿Teme que alguien escuche?

Ella repitió en un susurro:

—Venga.

—Está bien. ¿A dónde debo ir?

—A mi casa. Dé la vuelta y entre directamente por detrás, por la terraza. Allí le esperaré.

—Florence.

—¿Qué?

—¿Recuerda que le ordené no cometer imprudencias?

No hubo respuesta. En medio del silencio quedó cortada la

comunicación.

Bill se alzó de la cama preguntándose qué sería lo que estaba sintiendo. ¿Miedo? ¿Alarma? ¿Dolor? ¿Disgusto?

Se puso los zapatos, la corbata y la chaqueta. Vio su cara reflejada en el espejo del lavabo, y no le agradó el brillo de sus propios ojos. No había dormido. Los huevos con jamón, el queso y la cerveza que había tomado antes de retirarse al hotel le pesaban todavía en el estómago.

Momentos después, al volante de su coche, marchaba hacia el *boulevard* Bakeloló. El calor húmedo, el aire encharcado sobre la ciudad, irritaba hasta la exasperación sus nervios. Tuvo que hacer un esfuerzo para serenarse antes de llegar al número 166 del *boulevard*.

La villa de Harriman, en el bochornoso atardecer, aparecía tranquila y solitaria. No se oía en ella el menor ruido. No se veía a nadie. El girar de un aparato de riego por aspersión, en medio de un macizo de flores, era el único movimiento perceptible.

Bill abandonó el coche, avanzó a pie y rodeó la casa. Una amplia escalera de piedra conducía a la terraza. Subió a ésta.

—Señor Paige.

Se volvió. Florence estaba en el umbral de una de las puertas que conducían al interior. Su apariencia daba a primera vista una impresión de completo abandono, como si hubiese desdeñado componerse ni siquiera un poco para recibirle, y sin embargo, quizá la realidad fuera precisamente lo contrario. Llevaba el cabello en desorden y su atavío se reducía a un largo blusón de tela estampada. Tenía descalzos los pies. De este modo resultaba más violento el impacto de su palpitante atractivo, más turbadora su aura de selvática vitalidad.

Pero sus ojos eran dos pozos de sombra.

—Pase, por favor.

La puerta correspondía a un cuarto de estar de atmósfera vagamente femenina, muy sencillo, casi esquemático: un diván rojo a lo largo de las paredes grises, una mesa de madera y hierro, una lámpara, una repisa que sostenía un grotesco ídolo senegalés, un bar, unos sillones... En uno de los sillones, fija la vista en el techo, se hallaba sentado Georges Fabre.

Paige vislumbró por el rabillo del ojo el furtivo deslizarse, a su

espalda, de una cosa negra, antes de advertir que el prometido de Florence tenía una pistola automática en la mano. Saltó a un lado y se volvió. La cosa negra era un hombre semidesnudo, un indígena de piel lustrosa vestido con unos sucios calzones de tela. Su rostro prognático, de pequeños y hundidos ojos, inspiraba invencible repugnancia. Estaban sucios sus calzones, lo estaba todo él, pero no así el largo cuchillo curvo que empuñaba su mano derecha, cuya hoja limpiísima reflejaba el más leve rayo de luz.

El negro obstruía la puerta de la terraza.

La mirada de Bill buscó a Florence. La muchacha se había apoyado de espaldas en la pared. Su rostro era una máscara impenetrable.

Hubo un pesado silencio, que rompió Fabre:

—No cometa estupideces, señor Paige —dijo apaciblemente—. Un hombre de verdad sabe resignarse con su suerte, por mala que sea.

¡Resignarse con su suerte! Todos los esfuerzos de Bill se concentraban en mantenerse a flote en el torbellino de sus pensamientos. No era ya tiempo, empero, de reflexionar. Allí estaba Florence Harriman, cebo tentador de la más burda y más antigua de las pampas humanas, y estaba Georges Fabre, el solícito ñero ignorado Fabre; y estaba, sobre todo, el negro descalzo que empuñaba un machete: Okamunu. Había llegado, por tanto, al final de la senda.

¡La hija de Lee Harriman!

—¿No me ha oído? —preguntó Fabre. Su pistola se movió unos centímetros—. Bien, quizá cuando se canse de mirar a Florie será demasiado tarde para que se percate de su situación.

Bill cerró los ojos y respiró profundamente.

—Me he percatado de la suya —replicó—. No la suponía tan desesperada. También usted habrá de resignarse pronto con su suerte...

Fabre se echó a reír.

—¿Juegos de palabras a estas horas? ¿Baladronadas de payaso? Paige, ¿sabe por ventura quién es —la pistola señaló al negro—, ese hombre?

—Okamunu.

El aludido pestañeó. El francés permaneció, en cambio,

indiferente.

—Falló su golpe de efecto. La policía ha difundido la descripción de Okamunu, ha dado la alarma general a trompetazos... ¿Cómo no iba usted a conocer su nombre? Mi pregunta significaba si sabe lo que de él puede esperar.

La mirada de Paige volvía a estar fija en la muchacha.

—Todo eso no me interesa.

—¿No le interesa su propia muerte?

—¿Es usted quien enviaba armas a Argelia?

—No pienso regalarle los oídos, Paige.

—Haga lo que guste. ¿Era usted?

Fabre dijo entre dientes:

—Vuélvete de espaldas, Florie.

Bill levantó la mano.

—Esto —escupió a los pies de la joven—, por el beso que me diste, muñeca. El espectáculo de mi degollación será obsequio de la casa... ¡Hala, vuélvete de espaldas si no tienes tripas para resistirlo!

Inesperadamente, desde su marasmo, ella respondió:

—Ha debido escupirme al rostro.

Fabre abandonó el sillón para interponerse entre ambos.

—Basta. He dicho que te vuelvas. Trata de comprender...

Pero Florence ni siquiera le escuchaba, no se había enterado de que le tenía cerca. Sus tempestuosos ojos perforaban al americano.

—¡Escúpame a la cara! —exclamó sordamente—. ¿Por qué no dice lo que piensa de mí? ¿Por qué no me llama eso que tiene en la punta de la lengua? ¡Será poco! ¡Merezco más! ¡Por cobarde! ¡Por...!

La mano de Fabre se movió y la golpeó en la boca. La muchacha calló con un gemido. Rompió a llorar.

—Simple histeria —dijo el francés.

—¿Es o no usted quien organizó el contrabando de armas?

La pregunta provocó de nuevo la metálica rica de Fabre.

—¡Qué admirable terquedad, señor Paige! ¿Qué pretende? ¿Ganar tiempo? ¿Retrasar lo que de todos modos terminará por ocurrir? ¡Mire a Okamunu!

Bill no miró a Okamunu.

—¿Es usted?

Hubo una pausa, una vacilación del francés.

—Sí, yo organicé los envíos de armas. Pero de nada le sirve saberlo ahora...

—¿En complicidad con Bobotte?

—Él se cuidó de transportarlas desde aquí. Yo tracé los planes, aporté el primer capital, adquirí el género y me puse en contacto con los argelinos.

—¿Dónde adquirió ese género?

—¡Ah, señor Paige! Conseguir armas americanas es sumamente fácil. Ustedes las suministran con exquisita generosidad a los países que creen aliados suyos o cuya posición estratégica tratan de reforzar. En algunos de tales países, la gente es pobre, se rinde pronto al dinero... Basta con sobornar a una persona bien situada, la cual cursa un falso pedido oficial. Uno desvía luego el pedido, lo camufla, lo trae a Dakar, lo despacha a través del desierto...

—Okamunu era el guardián personal de Bobotte, y, sin embargo, le mató.

Fabre frunció el entrecejo.

—Salta usted de una cosa a otra con demasiada rapidez. Sí, en efecto. Okamunu había sido el guardián personal de Bobotte. Pero ya no lo era, desde hace algún tiempo. Era, por el contrario, el hombre que vigilaba a Bobotte en beneficio mío. Yo le pagaba. Yo le he pagado para que, cuando ha sido necesario, terminara con él. Okamunu cobra en especies.

—¿En especies?

—Cocaína. Bobotte le acostumbró a la droga para tenerle en sus manos. Al percatarme de lo útil que a mí me podía ser, impedí que Bobotte la consiguiera y comencé a proporcionársela yo. Okamunu, sin que él se diera cuenta, pasó así de sus manos a las mías.

—¡Sin que él se diera cuenta! ¿Acaso no sorprendió a Bobotte que el negro dejara de pedirle la droga?

—¿Me cree tonto? Él pensó siempre que seguía suministrándole cocaína, pero lo que le daba era sólo inofensiva harina de camané.

—Nina Raabe me dijo que Ivette podía informarme acerca del contrabando. Me envió a ella. ¿Por qué?

—¡Oh, eso fue muy divertido! —exclamó Fabre, alegremente. Retrocedió dos pasos, miró a Florence, que sollozaba junto a la pared, y se rascó el mentón con la pistola—. Nina cometió un estúpido error. Ella creía que quién controlaba el negocio de armas

era Harriman. Buscó toda clase de pruebas, y no encontró ninguna, pero descubrió, en cambio, qué existía, a espaldas de Harriman y de todos, una íntima relación entre Ivette y yo. ¡Sospechó que Ivette estaba enamorada de mí!

¡Se pasó de lista! Concibió el plan de que Ivette acusara a Harriman, lo cual la pondría a cubierto de él y le permitiría fugarse tranquilamente conmigo...

—¿Había una relación entre usted e Ivette?

Fabre lanzó una nueva mirada a Florence.

—¡Claro que sí! Pero las cosas no eran como Nina imaginaba. El responsable del contrabando era yo, e Ivette lo sabía, y sabía también hasta dónde alcanzaba mi poder sobre Harriman. Ésta era la razón de que se sometiera a mí, no el amor, ni el dinero. No suelo hacerme ilusiones: Ivette me temía, nada más. Únicamente por temor se disponía a abandonar a Harriman y a marcharse conmigo a París.

—De modo que Ivette se marchaba con usted a París —dijo Paige a media voz. A medida que Fabre iba entregándose a la conversación, se calmaban su cólera y sus nervios—. ¿Fue una decisión repentina?

—Completamente. El coronel Legrange estaba sobre la pista de las armas y le pisaba ya los talones a Bobotte. Ordené a Okamunu que eliminase a su antiguo jefe y borrara en la factoría de Kakoa todos los rastros, y me dispuse a abandonar el Senegal, por lo menos hasta que la tormenta hubiera pasado. Anoche mismo plantó Ivette a Harriman. Luego, pero, Nina lo estropeó todo.

—¿De qué manera?

—Visitó a Ivette para convencerla de que pusiera a Harriman en manos de usted. ¡Qué idiota! Pensaba realizar una jugada maestra descubriendo entre ella e Ivette intereses comunes: ella se vengaba de Harriman y cobraba de Legrange el precio de su trabajo, e Ivette quedaba libre para unirse conmigo. Pero Ivette era cruel. Echó por tierra todos sus sueños diciéndole que el hombre del contrabando era yo. ¡Mujeres, señor Paige! Yo escuché aquella conversación sin que ninguna de las dos se hubiera percatado de mi presencia. Nina era un estorbo, pero después de haberse ido una vez de la lengua, tampoco de Ivette podía fiarme un minuto más. Tenía a Okamunu en mi coche. Por el modo cómo persiguió a Nina hasta el jardín,

comprendí que le gustaba matar mujeres bellas.

Bill se pasó la lengua por los labios.

—¿Ya Raymond Lessu?

—¿El pianista? Bien, una vez muertas Nina e Ivette necesitaba eliminar a quien pudiera relacionarme con el crimen. El pianista era la única persona enterada de que había algo entre Ivette y yo. Me decidí a suprimirle cuando vi que andaba desesperadamente detrás de usted.

—¿El coronel Legrange?

—Legrange me infundía miedo desde el principio. Le vigilé. No sé exactamente lo que descubrió o sospechó, pero apostaría a que fue alguno de mis contactos con Bobotte. Hice que Okamunu le matara porque no me agradó que se tomase la molestia de ir expresa y apresuradamente a visitarle a usted al hotel. Tuve suerte, pues era a usted a quien yo estaba esperando.

—Y se valió de Florence para tenerme alejado del lugar del crimen.

—¿De Florence? No diga tonterías.

—No comprendo.

—¿Qué es lo que necesita comprender? Ella se metió en camisa de once varas para evitar que cometieran un estropicio los hombres que Harriman había enviado contra usted.

—¿Y usted nos siguió por el mismo motivo?

—Yo les seguí porque temía que Florence le hablara de su padre y de mí. Si esto ocurría y era usted listo, podía haberme visto desde un ángulo que no me convenía en absoluto.

—¿Por qué no? ¿También hay algo entre usted y Harriman?

—Nada, salvo que una palabra mía bastaría para que saliera esposado de Dakar y subiera a la silla eléctrica apenas llegase a los Estados Unidos. Tuve la habilidad de, en su día, reunir de sus antiguos negocios evidencias capaces de hundirle en un minuto.

—¿Sabe Harriman lo del contrabando?

—¡Oh, no! No sabe una palabra de mí.

Una idea se deslizó en la mente de Paige. Ligeramente vuelto de costado, miró hacia el siniestro negro que guardaba la puerta. Estaba recordando algo: la sala de la Oficina Central de Policía, la momentánea inmovilidad de Harriman cuando le reveló que el quintuple asesino era un negro llamado Okamunu a quien Bobotte

utilizaba como guardaespaldas.

—¿Está seguro? ¿No sabe, por ejemplo, que Okamunu se halla ahora con usted?

La expresión del rostro de Fabre se endureció. Bill adivinó que su pregunta había dado en el blanco.

—No puede conocer su nombre, ni tampoco...

—Yo sé lo he dicho.

Hubo un tenso silencio, mientras el francés reflexionaba.

Bill preguntó:

—¿Ama usted a Florence?

Fabre, sorprendido, enderezó rápidamente la cabeza.

—¿A qué viene eso?

—Es su prometido, y ella no le ama a usted. Parece lógico que usted reuniera pruebas contra Harriman para obligarle a entregarle su hija. No obstante, quería escapar a París con Ivette Lebrun...

—¡Esa mocosa! —El francés rió ásperamente—. Su lógica no sirve, Paige. Yo le apreté los tornillos a Harriman porque me pareció conveniente, nada más, tener a mis pies a un hombre tan importante. Su chica me interesa. La acepté como regalo, porque, ¿quién rechaza un regalo así? Pero fue él, no yo, quien pensó servirse de ella para amansarme. La infeliz se prestó a todo con la sensación de que su sacrificio salvaba a su padre de un gran peligro. Le adora... ¡Adorar a un tipo como Harriman, se necesitan narices! ¿No ve la prueba? Porque la he amenazado con destruir a su padre ha consentido en atraerle a usted aquí, aun barruntándose que usted no saldría vivo.

Una extraña paz se había adueñado del espíritu de Bill.

—Ahora lo veo todo claro —dijo, mirando a Fabre cara a cara—. He conseguido lo que me proponía: que usted, víbora asquerosa, hablase. Sabía que su vanidad terminaría por ceder a la tentación... A partir de este momento, si quiere matarme tendrá que luchar. Yo no soy una mujer indefensa, un pobre músico alcoholizado ni un viejo militar desprevenido. ¡Ordene a su negro que me toque y lo haré pedazos! ¿Y esa pistola? ¿Verdad que no se atreve a dispararla? ¿Verdad que es incapaz de matarme, a no ser que Okamunu lo haga por usted?

Florence había dejado de llorar. Rígida, caídos los brazos a lo largo del cuerpo, devastado el rostro por la emoción, presenciaba la

escena como hipnotizada.

Fabre, imperturbable, dejó oír su risa.

—Sueña, señor Paige.

Alzó la mano como para hacerle seña a Okamunu. Y no había concluido de alzarla cuando sonó, muy próximo, el disparo de un arma de recio calibre.

Lo que siguió pareció desarrollarse en catarata, en alud, en medio de un estrépito ensordecedor y en el intervalo de unos pocos segundos. Bill vio que el negro se contorsionaba, emitía un ronquido y, soltando el machete, caía de rodillas. Quiso arrojarle contra el francés. Oyó entonces que alguien gritaba:

—¡Cerdo! ¡Es hora de...!

Lee Harriman irrumpió por la puerta de la terraza, concluyendo de derribar a Okamunu de un puntapié y empuñando un «45» humeante. Apenas le tuvo a la vista, Fabre disparó su automática. El revólver respondió. Florence lanzó un alarido. En un instante hubo seis, quizá siete disparos en rápida y atronadora sucesión.

Después, nada.

Unas hilachas de humo habían quedado flotando en el húmedo aire de la tarde. Okamunu yacía de costado, muerto, encogido sobre sí mismo; Fabre, boca arriba, con la cara destrozada por un impacto del poderoso revólver; Harriman, acribillado el pecho, estaba tendido de bruces. De la absoluta y definitiva inmovilidad de los tres se desprendía una punzante sensación de horror.

Florence se precipitó sollozando sobre el cadáver de su padre.

Mudo, sintiéndose como vacío por dentro, Bill la contempló sin saber qué hacer. Nadie acudía. La casa había recobrado su quietud. A no dudarlo, Fabre se había ocupado previamente de que la muchacha alejara a la servidumbre.

Finalmente, paso tras paso, el americano se dirigió al bar. Obraba como un autómatas. Tomó una botella de *whisky*, llenó un vaso y lo apuró de un trago, sin notar siquiera el ardor del alcohol. Volvió a llenarlo y lo volvió a apurar.

Harriman, pensó, había puesto sangriento colofón a la historia, pero era él quien indirectamente hizo posible la rápida matanza. Sin su denuncia, sin un pretexto legal en que basarse, el inspector Pasquín había concluido por devolverle al *exgangster* la libertad. Harriman había regresado a casa. Había tenido desde la terraza un

atisbo de la escena. El suficiente para ir en busca de su pesado revólver e imponer el último argumento.

Florence sollozaba ahora en silencio, cubriendo de lágrimas el rostro sin vida del antiguo caído.

Transcurridos unos minutos, Bill llenó para ella otro vaso de *whisky*. Lo dejó sobre la mesa. Acudió junto a la muchacha, la levantó delicadamente y la condujo al diván. Deslizó el *whisky* entre sus labios.

—Vamos, es mejor así —susurró en su oído—. Reflexione. Él tenía contraída una deuda enorme con la sociedad. No existe forma más limpia y noble de pagarla.

Sabía lo que ella estaría pensando: el colegio suizo, París, las visitas de un padre joven, apuesto y sonriente, la mayor alegría, la mayor fiesta. Luego, la vida juntos: un feliz sueño hecho realidad. ¡Mentira! ¡La abyecta, la cochina vida! Florence tenía solamente veinte años... El día en que los ídolos de pies de barro se derrumban sobre uno y le rompen los sueños, la risueña infancia queda para siempre atrás.

Atrajo a la muchacha hacia sí y acarició tiernamente su revuelto cabello. La sentía cálida y temblorosa bajo el sencillo blusón.

—Soy sólo un tipo vanidoso, vulgar, charlatán e insoportable, ¿recuerda sus palabras? Pero Usted me besó. Sé por lo que me besó, y yo...

Ella abrió los ojos, secos, sin lágrimas, asombrosamente luminosos, y posó la mirada en los suyos.

—Creo que lo que más deseo en el mundo —añadió él—, es darle la felicidad que merece. Búrlase, si quiere. Reventaré si no le digo que la amo desde que la he visto por primera vez.

Los tibios brazos de Florence le ciñeron el cuello. Luego, todo fue como una inmensa ola...

FIN

NOTAS

[1] Brigitte Bardot. (N. del T.). < <